

Visita
al territorio de

Benjamín Labatut



La Escalera
Lugar de lecturas

*When there is nothing left to burn you
have to set yourself on fire.*

DOUGLAS CAMPBELL

La Antártica empieza aquí

Un verdadero soldado no es un hombre.

A los sesenta y cuatro años, el poeta Karol Vasek fue postulado al Premio Nacional de Literatura, para sorpresa tanto del mundo literario como de la mayor parte de los lectores chilenos. Los otros dos candidatos eran escritores consagrados, uno de ellos había ganado el Príncipe de Asturias menos de un año antes y se asumía que sería él quien lo recibiría a modo de reconocimiento posterior. Aunque cualquier escritor chileno podía ser postulado al premio, parecía imposible que el jurado aceptara a Vasek. De su vida se sabía poco o nada: había nacido en el sur de Chile, publicado solo cuatro libros de poemas casi imposibles de encontrar y servido brevemente en el Ejército chileno durante los años previos a la dictadura.

Cuando supe de su postulación yo estaba a punto de perder mi trabajo en la sección de cultura de una revista de política. Preso del pánico que siempre sentía ante la reunión de pauta semanal, propuse a Vasek para salir del apuro, dando por sentado que iba a ser rechazado. Aunque no había leído una sola palabra de lo que había escrito, improvisé una historia a partir de lo que pude averiguar en Internet. Casi todo estaba en sitios de grupos de extrema derecha, con nombres ridículos como «Renacer Chileno» y «Martillo del Sur», pero el tema del nazismo había reaparecido en la prensa, así que bastó con mencionar que Vasek había servido en el Ejército, además de unos pocos detalles (que era descendiente de checos, que escribía en español y alemán), para que me asignaran el tema, siempre y cuando pudiera conseguir una entrevista con el poeta.

Ya circulaba el rumor de que ese iba a ser mi último mes en la revista. Los roces con mi editor habían alcanzado su punto máximo cuando me negué a cambiar uno de mis artículos y deshice sus correcciones en el programa de edición. Cuando la revista ya estaba impresa, me llamó a su oficina y me dijo que si volvía a hacer algo así no me molestara en volver al trabajo. Me fui sin decir una palabra. ¿Qué le iba a decir? ¿Que estos eran mis primeros pasos para convertirme en escritor de verdad? Lo cierto es que

ya no me importaba si me despedían o no. Tenía veinticuatro años y llevaba uno trabajando como periodista, pero lo que realmente quería era ser escritor. Una decisión valiente, pensaba yo, algo con lo que había soñado durante toda mi vida. No era una vocación como cualquier otra: ser escritor, como ser soldado o samurái, tenía que ver con una postura violenta frente a la realidad, una oposición activa, una resistencia sin compromisos y sin tregua. La normalidad, la rutina, la felicidad eran para los demás, mientras que la vida del escritor servía para acercarse al abismo. Dónde estaba el abismo y qué se hacía cuando se alcanzaba ese punto era algo que no sabía. Supongo que quedarse mirando hacia adentro.

Era ridículo, pero en esos momentos me dominaba una pulsión incontrolable hacia la literatura. Comencé a adquirir hábitos raros. Prácticamente no dormía para poder leer y era incapaz de salir de casa sin llevar varios libros. Espiaba los computadores de mis amigos y de mi familia, leía sus correos, robaba mensajes de sus celulares y los apuntaba en una libreta llena de ideas e historias que nunca llegaba a desarrollar. En el trabajo me escondía en el baño para poder leer, e incluso hoy asocio algunos autores con el olor a mierda de mis colegas y la marca de cloro que usaban las mujeres del aseo. Todo me parecía una pérdida de tiempo frente a la necesidad de leer, de preparar lo que yo iba a escribir. ¿Cuándo? Eso no era importante. Los buenos escritores —los que yo consideraba buenos escritores— triunfaban en la madurez. La juventud no era para escribir, sino para leer, para viajar, para pasar hambre y frío; la juventud servía para endurecerse, para construir un castillo. Desde que había dejado la casa de mis padres, vivía con una amiga sin pagarle el arriendo. No tenía planes, no tenía novia, descuidaba mi salud y el poco dinero que ganaba, y supongo que de alguna manera lograba sentirme valiente, pero la verdad es que solo era un pendejo.

El artículo sobre Vasek prometía ser un desastre. Salvo por las páginas nazis que lo mencionaban, no había prácticamente ninguna información sobre su vida, su obra, ni nada que uno pudiera asociar a una carrera poética de casi cuarenta años. Ninguno de mis amigos poetas o escritores habían escuchado hablar de él, y las editoriales que lo habían publicado habían

desaparecido hacía décadas o sencillamente no empleaban a nadie que lo hubiera conocido.

Solo un viejo librero, que tenía una colección impresionante de poesía chilena en su tienda de Manuel Montt, recordaba vagamente uno de sus primeros libros. Un hueón bien raro, me dijo cuando lo fui a visitar, un poeta menor pero interesante. Raro como quién, le pregunté. No supo responderme, no lograba recordar las imágenes ni el estilo de los poemas, solo la sensación de extrañeza que le habían generado. Lo que sí recordaba era el título (*Pilotos de tormenta*) y dijo que tal vez podía tener una copia en la biblioteca de su casa, aunque no la había visto hacía años y probablemente se hubiera perdido. Antes de irme le pedí que me llamara si lograba encontrar el libro y que preguntara a sus conocidos para ver si alguno sabía de una forma de contactar a Vasek, a sus editores o a cualquiera que pudiera localizarlo para pedirle una entrevista.

Regresé derrotado a la revista. Al final de la semana tendría que presentarle algo a mi editor y cada vez estaba más arrepentido de haber planteado el tema de Vasek. No era la primera vez que me metía en problemas por sugerir un reportaje imposible, y no estaba dispuesto a soportar nuevas burlas de mi jefe. Como no se me ocurría nada mejor que hacer, decidí revisar los archivos de la Escuela Militar.

En una amarillenta hoja de ingreso escrita a máquina, llena de errores de ortografía y manchas de humedad, encontré los siguiente datos básicos: Karol Vasek, nacido Karol Antón Vasek Geislerová, había entrado a la Escuela Militar a los dieciocho años de edad, hijo de Karol Vasek von Roubal y Catalina Geislerová Pinto. Era un hombre enorme, medía casi dos metros y tenía el pelo negro y liso. La única foto que había en el archivo era de tamaño carné. Mostraba a un joven delgado, con la nariz alargada, cuya punta descansaba sobre su labio superior como si se le fuera a caer de la cara. Sus ojos pequeños estaban completamente desprovistos de brillo, y absorbían la luz. Un adolescente tímido, triste y provinciano. De no ser por su altura, Karol Vasek sería imposible de distinguir de los cientos de jóvenes que se unen al Ejército buscando una salida. O tal vez lo que buscan es una entrada a una vida nueva, a una disciplina, tal vez a una guerra.

Semanas antes, un tipo nuevo había llegado a trabajar a la revista. Federico Silva Fernández, estudiante en práctica, se instaló en el cubículo al lado del mío. Era la persona más deforme que había visto en mi vida, su cuerpo parecía estar hecho con piezas descartadas de otros. Al nacer, le habían tenido que reconstruir el rostro completo con siete operaciones. Sus ojos estaban muy separados entre sí, uno notoriamente más arriba que el otro, en una cabeza que era prácticamente del tamaño del monitor de su computadora. El pelo le crecía en mechones tiesos e irregulares, dejando ver por debajo una piel arrugada y rojiza, y sufría de al menos tres tics nerviosos que lo sacudían como si estuviera recibiendo continuas descargas eléctricas. A pesar de que el labio leporino estaba arreglado, aún le impedía hablar con normalidad. Federico llegó a la revista después de que lo rechazaran en el diario *La Segunda*, cuando la editora lo conoció en persona. Nunca supe por qué lo aceptaron en nuestra oficina; su cuerpo era la antítesis de lo que la revista buscaba encarnar. Algo fallido, feo, pobre. Durante los primeros días no pude ni siquiera mirarlo a los ojos, pero luego, como suele ocurrir cuando nos enfrentamos cotidianamente a lo deforme, todos nos fuimos acostumbrando a sus defectos, y poco a poco Federico se fue convirtiendo en Fede, el niño de los mandados, el único que llegaba saludando a todo el mundo por su nombre, y el único que estaba tan por debajo de los demás que hasta yo le podía pedir algo de ayuda. Con su llegada, dejé de ser el más joven del equipo, e inmediatamente me deshice de mis peores responsabilidades.

Fede escribía un blog. Al igual que yo, se pasaba el día completo chateando en el computador. En su blog describía su llegada a la revista, sus compañeros de trabajo, posteaba fotos de su sobrina y comentaba los libros que estaba leyendo, algunos de los cuales se los había recomendado yo. Me fascinaba leer lo que escribía sobre mí. Era extremadamente inocente y tenía la costumbre de preguntar mi opinión sobre cualquier cosa. ¿Qué pensaba yo del calentamiento global? ¿Quién ganaría el Nobel de Literatura? ¿Qué importaba más, el poto o las pechugas, Cheever o Carver, Dylan o Elvis, Bolaño o Borges? Al principio intenté ser amable, pero luego me di cuenta de que ni siquiera necesitaba que le respondiera, que se contentaba con tener a quien hablarle en el trabajo. Entonces Fede hablaba y yo escuchaba, o pretendía escuchar mientras hacía cualquier otra cosa. Me contaba de su madre (por la cual sentía una devoción absoluta), de su

hermana y de la hija de su hermana, que tenía menos de seis meses y era una de las cosas más importantes en su vida. Me imagino que en parte era porque la niña lo miraba sin asco. También me hablaba de una amiga de la cual estaba enamorado. Su mejor amiga, aclaraba. Obviamente no le correspondía, pero tampoco podía rechazarlo del todo, y la verdad es que pasaban el día completo juntos. Fede no perdía la esperanza. Habían estudiado Periodismo en la misma universidad y ella acababa de terminar con su pareja de toda la vida: era la oportunidad que Fede había estado esperando. Me pidió consejos sobre la mejor forma de conquistarla. Yo le dije que hablara con ella, que le dijera lo que sentía, que la invitara a comer. ¿Qué más le iba a decir? Igual le iban a romper el corazón, igual iba a perder a su mejor amiga. No fue por maldad, pero yo tenía mis propios problemas en ese sentido.

Dentro de las cosas que creía haber dejado atrás cuando decidí ser escritor estaba mi ex novia. Camila fue la primera mujer con quien había sido realmente feliz. Y eso se había convertido en un problema entre nosotros, tanta felicidad. Su alegría era demasiado doméstica para calzar con mis ideas de una vida literaria, y después de dos años nos fuimos separando poco a poco, entre su insistencia en que dejara de fumar marihuana (o al menos controlara mi hábito) y mi negativa a planificar una vida con ella. Las últimas vacaciones que pasamos juntos fuimos con sus amigas a una casa a orillas de un lago. Era imposible conseguir droga en febrero, y ella se pasaba las horas tomando sol. Aprendió a tejer, compró lana en el pueblo y comenzó una bufanda. Yo la veía crecer, como si fuera una cadena de colores, recostado en una hamaca leyendo mis libros, luego los suyos, los de sus amigas y finalmente todo lo que pude encontrar en la feria de usos del pueblo, convenciéndome de que tenía que dejarla, que tenía que dejarlo todo y que ese era el precio que había que pagar. Porque de eso sí estaba seguro: algo había que sacrificar. Terminamos seis meses después. Luego llegué a la revista y me fui de la casa de mis padres. De vez en cuando recibía noticias de ella, un par de líneas en un mail, un mensajito en el celular. Me cuidaba de no responder.

Fue Fede el que encontró los primeros poemas que leí de Vasek. Como él no tenía nada que hacer durante la mayor parte del día, le pedí que buscara

en el archivo de la revista, que tenía casi cien años de información almacenada en un sótano gigantesco. Un viejo ejemplar de la revista *Finis Terrae* dedicado a poetas jóvenes chilenos, incluía dos poemas de Vasek de una docena de versos cada uno y una breve biografía que indicaba que su padre era un ex miembro de la Luftwaffe que había llegado al país como piloto del avión presidencial de Gabriel González Videla. Su madre era chilena y había trabajado como profesora de piano en la VII Región. Los poemas estaban escritos en español y alemán y hablaban de los hielos que cubren una patria antigua, de hombres salvajes como manadas de lobos y de un guardián que podría ser el propio Vasek o una imagen pervertida de Cristo. Los dos poemas estaban bien escritos, pero ninguno era espectacular, aunque había algo en la métrica que hacía resonar los dos idiomas como si fueran una sola lengua. El efecto se notaba en particular en el segundo —el mejor y más largo de los dos—, que parecía escrito por un niño o corregido por un grupo de niños jugando con tijeras. Guardé fotocopias de los poemas para mostrárselos a mi editor y anoté los datos para tratar de contactar a algún familiar.

Pero el hombre estaba desaparecido. No había forma de dar con una pista, un teléfono o un correo que sirviera para contactarlo. El artículo completo peligraba, y con él mi permanencia en la revista. Un fracaso más era todo lo que mi editor necesitaba para reemplazarme y, sin embargo, hacía dos días que no me animaba a rastrear al único contacto que había logrado encontrar: Pablo Riquelme, coronel en retiro, había sido compañero de generación de Vasek en el Ejército y editor de *Islas que se hunden*, su último libro de poemas. Era también la persona que había llenado los formularios para postularlo al Premio Nacional, donde Fede había encontrado su nombre y teléfono de contacto.

Era algo que me pasaba mucho durante esos primeros años como periodista. Escribir me ponía tan nervioso que podía dejar pasar días enteros perdiendo el tiempo, mirando páginas porno, tomando un café tras otro, sin poner una palabra en la página o tomar el teléfono para fijar una entrevista. Los nervios sencillamente me paralizaban y era incapaz de reaccionar hasta que era demasiado tarde. Escribir mi primer artículo me había tomado casi un mes, y la revista se publicaba todas las semanas. Fue sobre uno de los grandes genios del jazz nacional, Alfredo Cabezas. Un niño prodigio del saxo, con oído absoluto, que había deslumbrado al público en Buenos Aires

y París, para luego perder la cabeza y encerrarse durante más de diez años en su casa, en uno de los cerros de Valparaíso, donde lo encontré yo. El director de la revista en persona me felicitó por el artículo, y de ahí en adelante había podido mejorar, pero por lo general tenía que pasar algo grave para que yo me pusiera en movimiento. Con Vasek no fue la presión de mi jefe, ni el miedo a quedarme sin trabajo, sino algo mucho más sencillo, algo que no debería haber significado nada, que de hecho no significó nada, pero que me hizo crecer adentro una sensación de urgencia, de paso del tiempo, como si todos estuviéramos corriendo hacia el final, o incluso como si ya hubiéramos traspasado el final y lo viéramos por encima del hombro, como una película proyectada, una historia repetida.

Soñé con mi hermano mayor.

En el sueño, me sacaba a dar una vuelta en su auto, un largo recorrido por una ciudad que podía ser Santiago, pero en la cual no lograba distinguir ningún punto de referencia. El paseo podría haber sido agradable (a mi hermano no lo veía desde que se había ido a vivir a España, tres años antes) salvo porque yo sabía que cuando hubiéramos terminado, en el instante en que yo girara para bajarme del auto, él iba a matarme de un balazo en la cabeza. Guardaba una pistola en la guantera. Aunque no podía verla, sabía que era plateada, con la culata negra. Durante el trayecto casi no hablamos, cada uno miraba hacia fuera, yo a ratos veía mi cara en el espejo. Él me preguntaba sobre cosas que veíamos pasar en el camino (una mujer desnuda en el jardín de su casa, dos niños que le tiraban piedras a un perro, un policía en moto, un recuerdo compartido de nuestra infancia) y yo sabía que mi vida dependía de las respuestas que le diera. Sabía lo que necesitaba escuchar, pero no podía sino decir exactamente lo que pensaba. Escuchaba mi voz y me decía ¡para, huevón, para de hablar huevadas!, pero no podía dejar quieta la boca. Él se limitaba a apretar las manos sobre el volante, pasando los cambios con el índice y el pulgar, como si fuera un chofer de micro.

Apenas desperté llamé a la casa del compañero de Vasek. Atendió una mujer. Me costó hacerle entender quién era y qué quería, explicarle que no estaba vendiendo nada y que necesitaba hablar con el coronel Pablo Riquelme. ¿Vivía ahí? ¿Podía pasar a verlo en la tarde?

Riquelme vivía en una villa del Ejército, a pocas cuadras de la Escuela Militar, en la avenida Américo Vespucio. Era un condominio rectangular de una cuadra de largo, protegido por guardias armados y una reja que bordeaba todo el recinto. Hacia el norte, dos torres de departamentos alojaban a los generales en servicio. Cuando llegamos a la entrada, el guardia pidió mis documentos y los del chofer de la revista, anotó nuestros datos y la patente del auto, y nos preguntó a quién veníamos a ver. Al coronel Pablo Riquelme, respondí. El guardia se quedó mirándome a través de la ventana, como si no hubiera entendido o sospechara que era una broma, y luego regresó a la caseta e hizo una llamada por teléfono.

Aunque no podía escuchar lo que decía, creí entender que deletreaba mi apellido. No le quitaba la vista a mi cédula de identidad. Cuando se dio cuenta de que lo miraba, giró el cuerpo y nos dio la espalda. ¿Y a este hueón qué le pasa?, me preguntó el chofer, pero en ese momento el guardia regresó hasta el auto y subió la barrera. Los estacionamientos de visita están al fondo, dijo, al lado de la plaza. Es el segundo edificio, departamento tres.

El edificio de Riquelme era una construcción con forma de pirámide trunca, sin el triángulo superior, y no se parecía a nada que yo hubiera visto. Comparado con el resto del condominio, formado por bloques grises comunes y corrientes, exactamente el tipo que uno se esperaría de un recinto militar, el edificio en que vivía Riquelme era como sacado del set de una película, más un templo o un mausoleo que un edificio de departamentos. Su color blanco immaculado quemaba el pasto que lo rodeaba, y sobre los dinteles de los pisos superiores se podían distinguir pequeñas figuras grotescas, como las gárgolas que cuidan las antiguas catedrales. Me reí imaginando al militar de mal gusto que había aceptado un diseño tan ridículo, seguramente considerándolo «artístico», pero incluso así era imposible no verse afectado por la irracionalidad del edificio, sus proporciones desmedidas, su decoración macabra. Al llegar al estacionamiento, el chofer me dijo que iba a darse una vuelta por el barrio y que lo llamara cuando estuviera listo. Tanto milico lo ponía nervioso, dijo.

Unas horas antes, cuando llamé para confirmar la entrevista, averigüé que la mujer que contestaba el teléfono era la hermana de Riquelme, y que ella vivía en el departamento con una de sus nietas. Afuera alguien había dibujado un pentagrama sobre la puerta. Toqué el timbre, pero nadie respondió. Toqué un par de veces más sin obtener respuesta, y cuando

estaba por llamar por teléfono escuché ruidos al otro lado del umbral. Cuatro pesados cerrojos, y luego el chirrido metálico de una barra, me dieron la impresión de estar entrando en una cripta. La puerta se abría hacia fuera, así que tuve que echarme hacia atrás cuando comenzó a moverse. Lo primero que vi de la niña que apareció al otro lado fueron sus brazos, el destello blanco de su camisa escolar, la piel oscura de sus muslos bajo su falda a tablillas, haciendo fuerza contra el armatoste de la puerta que apenas lograba mover. Sorprendido por la aparición de la niña, balbuceé mi nombre, el de la revista, y le conté que había hablado por teléfono con su abuela. Mi abuela no está, contestó, pero vuelve al tiro. Pasa, mi tío sabe que vienes.

La disposición de las habitaciones era tan extraña como la forma del edificio: un pasillo largo desembocaba sucesivamente en la cocina, en el living, en dos piezas de tamaño menor, y finalmente en un gran salón, donde la niña me dejó esperando. La pieza de Riquelme quedaba al fondo. Solo había una forma de desplazarse, en línea recta; cada habitación tenía dos puertas cerradas, una estrategia de defensa, como en un búnker. A pesar de que el salón recibía una gran cantidad de luz desde el techo, me atacó una sensación de claustrofobia. No había siquiera empezado a reportear y ya estaba arrepentido. Uno nunca sabe con qué se va a topar cuando llega a una entrevista. Entrás de golpe en la vida privada de las personas; ves sus fotos familiares, los cuadros que le regalaron sus hijos, o ceniceros llenos de colillas, frascos de remedios abiertos, vasos quebrados y botellas en el suelo, huellas de una borrachera o de un episodio de violencia.

Recorrí la sala y memoricé lo poco que había, aunque a cada minuto que pasaba me convencía más de que no iba a poder incluir un escenario así en la revista: pirámides militares, poesía nazi, oficiales en decadencia; estaba perdiendo mi tiempo. Me acerqué a la única ventana del lugar y me di cuenta de que algo faltaba: por lo que había observado desde afuera, había grandes espacios del departamento que parecían estar escondidos o inaccesibles, al menos desde el corredor central. En una de las paredes vi una puerta que no había notado al entrar en el salón. Estaba disimulada con pintura, tapada por un mueble de madera y la acuarela de una iglesia en ruinas en medio de un campo de batalla. Busqué la manilla y estaba a punto de girarla cuando la niña regresó. Eso no se toca, me dijo con una sonrisa coqueta. Ofrecí disculpas, pero ella se rió en voz alta. Tienes cara de cabro

chico, me dijo, ¿En serio trabajas para una revista? Le expliqué que había salido hacía poco de la universidad y le pregunté desde cuándo vivía con su tío. No lo sé, me dijo, desde siempre. Riquelme nunca se quedaba mucho tiempo en la ciudad y desaparecía durante años, así que prácticamente vivían solas, dijo. Quise saber dónde iba, pero la niña no estaba segura. Al extranjero, al norte, al sur, era imposible saber con seguridad. Ahora acababa de volver. Le pregunté cuántos años tenía. ¿Cuántos crees?, me dijo, sacando el pecho hacia delante. La miré de arriba abajo: once. ¡Nada que ver!, chilló, cumplo trece en diciembre. ¿Y por qué quieres hablar con el tío?, preguntó. Le expliqué un poco sobre el artículo, el Premio Nacional y lo difícil que había sido encontrar a alguien que conociera a Vasek. Por favor, no dejes que se ponga a hablar de los griegos, que después cuesta un mundo calmarlo, me pidió. Le iba a preguntar a qué se refería, pero en ese momento la voz de un hombre viejo se escuchó desde la pieza del fondo, diciéndole a la niña que ya estaba listo, que me hiciera pasar, y que no nos interrumpieran.

A pesar del tamaño reducido de la pieza, lo primero que vi al entrar no fue a Riquelme, sino su silueta marcada en la cama. Nunca había visto algo así. Sobre el colchón gastado se podía distinguir perfectamente la forma de un hombre; los pies, el torso, los brazos y hasta la cabeza destacaban en bajorrelieve como si su cuerpo hubiera sido usado como un molde. Luego vi a Riquelme, sentado frente a un escritorio a un costado de la cama. Aunque era pleno invierno y el viento helado entraba por la ventana, estaba vestido solo con una camiseta de manga corta y los pantalones de un viejo pijama de franela. Sobre el rostro usaba gruesas gafas, tan oscuras que no dejaban ver sus ojos, y su tamaño era sorprendente; daba la impresión de que si se ponía de pie, su cabeza traspasaría el techo. Tenía el pelo completamente blanco, muy por debajo de los hombros, y tan bien peinado que supuse que le debía pedir ayuda a su hermana o a la niña para desenredarlo. Apartó una silla que había acomodado para que yo me sentara y la señaló con la mano. Tome asiento, por favor, me dijo girando el cuerpo hacia un costado, y reacomodó tres carpetas gruesas sobre el escritorio atiborrado de papeles. Me presenté, le expliqué a lo que venía, y luego pedí permiso para encender la grabadora. Señaló que sí con la cabeza.

No necesité más de cinco minutos para darme cuenta de que estaba hablando con un loco. Después de pedir disculpas por tener que recibirme

en su habitación, Riquelme explicó que no era muy seguro que nos reuniéramos de día, y quiso saber si alguien más estaba al tanto de la entrevista. Le aseguré que hasta ahora no le había dicho a nadie, y que podía sentirse seguro. Cuando supo que me había traído el chofer de la revista, pidió que le anotara su nombre, su celular y cualquier otra información relevante, ya que no se podían tomar suficientes precauciones. Recomendó que en el futuro solo me trasladara en metro o en colectivo, ya que los taxistas eran animales de costumbres, y que muchos buenos hombres habían caído por confiar en el chofer equivocado. Tienen registros que son fáciles de rastrear, aclaró, rutas fijas, hábitos. Eso es lo que hay que evitar si uno quiere estar seguro: la repetición. El movimiento es la única certeza que tenemos: todo vibra, todo se mueve, dijo. Le respondí que el chofer era un hombre de absoluta confianza, bueno como pocos. Luego, Riquelme preguntó por mis apellidos, por la ascendencia de mis abuelos, y cuando supo que mi tatarabuelo era francés se vio satisfecho. ¿Del sur de Francia?, preguntó. No lo sé, le dije, me parece que sí. Los Riquelme somos de Italia, me contó, pero a principios del siglo XIV fuimos expulsados por los ejércitos del Vaticano y tuvimos que exiliarnos en el sur de Francia. Buena gente, concluyó.

Se negó a contestar cualquiera de mis preguntas. En vez de responder dónde había estado durante los últimos años, me habló de un pianista que escuchaba los acordes de Dios, de un ángel que ejercía la prostitución en un subterráneo de La Haya, y de una mujer con piel de reptil que no ingería alimentos hacía doce años. Cuando pregunté por sus años en el Ejército, me contó la historia de un astronauta chileno que llevaba cinco años girando alrededor de la Tierra, repitiendo un largo mantra que generaría cambios irreversibles en el desarrollo de la raza humana. Su discurso estaba plagado de situaciones paranoides: agentes y contra-agentes, espías que trabajaban en lo oscuro sin contacto con sus superiores, hombres y mujeres que —sin sospecharlo— formaban parte de conspiraciones orquestadas por sociedades secretas. Todo se mueve como un péndulo, me dijo, todas las verdades son medias verdades; todo asciende y desciende, pero nada escapa a la Ley. Después de escucharlo durante casi cuarenta minutos, me animé a preguntarle por su amistad con Karol Vasek. Al escuchar el nombre del poeta, se puso de pie y echó llave a la puerta, cubriendo por completo la salida con su cuerpo encorvado. Trastabillando, estiró los brazos y cogió las

carpetas que había ordenado sobre el escritorio; luego se llevó un dedo a los labios y apuntó hacia el techo y la ventana. Asentí para hacerle entender que comprendía, mientras buscaba algún objeto para utilizar como arma. Riquelme se acercó a mi silla con pasos inseguros y pidió que detuviera la grabadora. Estrechó las carpetas contra su pecho, como si abrazara a un ser querido, y luego me las tendió con las manos temblorosas. Las recibí y me puse inmediatamente de pie, dispuesto a salir corriendo ante la más mínima señal de violencia. Riquelme quitó el pestillo de la puerta, abrió y se quedó esperando que yo saliera, con el pelo blanco cayéndole sobre la cara. Su cuerpo gigantesco me pareció repentinamente frágil, al borde del colapso, y antes de salir le pregunté si estaba bien. Como respuesta se llevó las manos a la cara y se quitó los anteojos: dos esferas completamente blancas me miraban fijamente. *Este es el tamaño de nuestra derrota*, murmuró antes de cerrar.

No le hablé a nadie en la revista sobre la entrevista con Riquelme. Fede era el único que seguía interesado en el tema de Vasek y fue directo a mi escritorio cuando me vio entrar con las carpetas bajo el brazo. No las había podido sino ojear en el móvil de vuelta, quedaba poca luz de día y las manos me temblaban por el golpe de adrenalina. Le pedí que me dejara tranquilo un segundo, pero no alcancé a llegar al baño para lavarme la cara y recuperar la calma cuando escuché los gritos de mi editor: ¿dónde carajo había estado todo el día, y dónde estaba el artículo de viajes que debía haber entregado esa mañana? Durante el resto de la tarde tuve que olvidar a Riquelme y sus carpetas e inventar unas vacaciones en San Pedro de Atacama. Escribía sobre viajes sin viajar: me sentaba frente al computador con las fotos que iban a ilustrar el artículo y tenía que armar un testimonial falso. Llamaba a los hoteles y preguntaba por las tarifas, los mejores platos del menú, los peligros y encantos locales, detalles que tendría que haber conocido de primera mano. Las mejores partes sencillamente las inventaba. Cuando finalmente se lo mostré a mi editor, quiso saber en qué iba el asunto del poeta. No quedaba prácticamente nadie más en la revista y las únicas luces visibles eran el reflejo de mi pantalla y aquellas que venían de los vidrios opacos de su oficina. Me recordó que el director estaba entusiasmado con el tema, y que ya era hora de que volviera a escribir otro

artículo como el del músico de jazz. Le dije que ya no se me ocurría cómo contactarlo. ¿Lo dejamos hasta aquí nomás, entonces?, preguntó sonriendo de oreja a oreja. Le quise explicar que no había cómo encontrar a Vasek, confesar que la única persona con que había hablado estaba completamente loca, y rogarle que me dejara pasar a otro tema, pero no pude con mi orgullo. Mentí; inventé un contacto con el webmaster de una de las páginas nazis. Él quiso saber más detalles, y yo seguí mintiendo con tanto fervor, que una vez que había vuelto a mi computador me costaba entender que no fuera realidad, que no existía ningún webmaster, ningún contacto, ninguna salida.

Las carpetas de Riquelme no estaban en mi escritorio. Busqué desesperado entre mis cajones y luego fui directo donde Fede, pero ya se había ido a su casa. No tenía cómo contactarlo, jamás había tenido la amabilidad de darle mi número de teléfono y él era demasiado tímido para ofrecer el suyo. Pensé que tal vez me había escrito un correo y fue cosa de conectarse al chat para que me llovieran sus mensajes. Lo primero que hizo fue pedir disculpas por haberse llevado las carpetas, y luego me felicitó por la historia de Vasek. No vas a poder publicarla en la revista, escribió, pero tienes que publicarla en alguna parte. Qué historia, pregunté enojado. La de la Antártica, respondió, la expedición a la Antártica. Le dije que no tenía idea de qué estaba hablando, que lo único que quería era irme a dormir y que necesitaba las carpetas de vuelta urgente. Mañana, respondió excitado, mañana a primera hora te las llevo.

Apenas pude dormir esa noche. Al día siguiente llegué atrasado al trabajo. Fede no apareció. Su madre me trajo las carpetas a la hora de almuerzo. Explicó que su hijo no se sentía bien, que nunca había tenido buena salud y que ahora estaba en cama, con tanta fiebre que apenas podía hablar, pero que se había comprometido conmigo y él nunca fallaba a un compromiso. Recibí las carpetas, le agradecí el gesto y luego me encerré el resto de la tarde a leer en mi cubículo.

Las tres contenían materiales distintos. Una reunía un centenar de recortes de prensa de todo tipo, desde 1970 hasta la fecha. Había recetas de cocina y cartas al editor, noticias y reseñas culturales, comentarios de espectáculos y crónica policial, todas firmadas por autores diferentes, de diarios regionales y nacionales. Varios estaban subrayados o tenían anotaciones escritas en los márgenes en una letra ilegible. La segunda

carpeta estaba llena de poemas; casi cincuenta composiciones de distintos estilos, que iban desde solo un par de estrofas hasta largos poemas de más de cien versos cada uno. En algunos creí distinguir el estilo de Vasek, varios mezclaban el alemán con el español. La tercera carpeta contenía la historia que había mencionado Fede.

«Un verdadero soldado no es un hombre. Todo en este mundo tiene su par de opuestos, sus dos polos, pero el militar es una sola cara, una única voluntad. El alma del verdadero soldado es una fotografía removida del tiempo, afuera del devenir. Su lugar es externo, firme ante el caos. El militar es un hombre aparte; no trae la violencia, ni esta puede tocarlo. Un soldado es una anomalía, un salto en el continuo. A un hombre así se le puede seguir a la guerra, y a un hombre así seguimos al frío».

Así comenzaba el relato de Riquelme. Una larga crónica de su relación con Vasek, escrita en fragmentos, con múltiples digresiones que no llegaban a ningún lugar, pero que siempre seguían el mismo eje: sus años en el Ejército y la extraña metamorfosis que había vivido el poeta, primero como su compañero y luego como líder, profeta y lunático.

Según Riquelme, él y Vasek habían ingresado a la Escuela Militar el mismo año, pero incluso entonces los separaba una distancia insalvable. Vasek irradiaba una calma extraña, una compostura que lo diferenciaba de sus compañeros. Nunca alzaba la voz, e incluso cuando respondía a las órdenes de sus superiores daba la impresión de que estuviera en control de sí mismo, dueño de cada una de sus palabras. A diferencia de Riquelme, que sufría además el maltrato de sus compañeros, las prácticas humillantes a las que eran sometidos por los instructores jamás lograron afectarlo; Vasek seguía órdenes sin cuestionarlas, era justo cuando los demás quedaban a su cargo, e inspiraba respeto no tanto por su físico (aunque era el soldado más alto de su generación), sino por algo intangible que lo rodeaba y que parecía mantenerlo a distancia, como si tuviera una segunda piel debajo de la cual podía enfrentar cualquier situación sin participar de ella, sin estar de cuerpo completo.

Las pocas veces en que se oía su voz era durante las clases. Su conocimiento táctico y aguda inteligencia asombraron a sus profesores, y ya a mediados del primer año impartía ayudantías a sus compañeros, ayudaba

a estudiar a los más rezagados y prestaba sus cuadernos y apuntes a quien se lo pidiera. Su destreza física estaba a la par de su inteligencia: era uno de los mejores tiradores de la escuela y jamás dejó de completar un ejercicio de entrenamiento, ni siquiera aquellos específicamente diseñados para romper la resistencia de los reclutas. Por la mañana era el primero en estar en pie, y por la noche leía hasta que se apagaban las luces, e incluso después de eso, alumbrándose con una pequeña linterna que un oficial le había regalado, luego de encontrarlo subrayando las páginas de un libro a oscuras. Tal vez fueran sus lecturas nocturnas, algún caso de insomnio, o sencillamente por la puntualidad con que salía de la cama, pero ninguno de sus compañeros recordaba haberlo visto dormir.

Vasek cursó los primeros tres años de carrera con las más altas distinciones, recibió ofertas para continuar sus estudios en el extranjero y se ganó el respeto irrestricto de la tropa. Fue durante el cuarto año, cuando todos imaginaban su futuro de gloria en las Fuerzas Armadas, que Vasek sufrió un colapso nervioso. De la noche a la mañana, el soldado modelo, aquel hombre silencioso que deslumbraba en las prácticas de tiro, que manejaba los caballos como si hubiera nacido arriba de uno y nunca desperdiciaba una palabra ni un gesto, degeneró en un hombre maníaco, contestatario e incontrolable. No cumplía horarios ni seguía órdenes, rayaba las paredes de su cuarto con símbolos y dibujos obscenos y murmuraba frases incomprensibles para sí mismo, que sus compañeros supusieron se trataba de alemán, pero que uno de los profesores reconoció como una mezcla de latín y griego. En tan solo dos meses recibió una veintena de reprimendas y amonestaciones que no surtieron ningún efecto, salvo aumentar la fama —ya desmedida— que poseía entre la tropa. Sus roces con la institución culminaron en un confuso accidente, en el cual dos cadetes de primer año, sorprendentemente parecidos entre sí, resultaron con quemaduras de segundo grado y extraños símbolos marcados a fuego en las plantas de los pies. La única razón por la cual Vasek no fue expulsado fue el apoyo incondicional de sus compañeros y la negativa tajante de los «mellizos» a referirse a lo ocurrido como más que un simple accidente. A finales de ese semestre, físicamente deteriorado y bordeando la desaprobación de todos sus cursos, Vasek desapareció de la escuela.

¿Qué sabíamos realmente de Karol Vasek?, escribe Riquelme. De su familia se conocía apenas el apellido, de su vida antes de ingresar a la

escuela prácticamente nada. Durante sus años en el Ejército se dedicó de manera tan absoluta al estudio, que el amor era fácilmente descartado como explicación, aunque solo un fenómeno de esa naturaleza (el amor, la locura, la enfermedad) podía explicar su súbita decadencia y desaparición. Riquelme y sus cercanos trataron de rastrearlo sin éxito, e incluso llegaron a contactar a la policía para informar de su desaparición, pero luego de más de un año de no obtener noticia, tuvieron que aceptar su ausencia como un hecho. Y, sin embargo, esa no fue la última vez que verían a Karol Vasek: catorce meses después de haber dejado la escuela, se presentó frente a sus antiguos compañeros vistiendo el uniforme de capitán, con una orden firmada que le confería autoridad para seleccionar a un grupo reducido de soldados, de cuyo entrenamiento se encargaría de forma personal. Riquelme fue el último de los doce elegidos.

A partir de este punto el relato de Riquelme se vuelve vago, abunda en omisiones e imprecisiones, o es abiertamente contradictorio. La cronología avanza y retrocede de manera caprichosa; dos hechos ocurren al mismo tiempo, o se altera el orden y la causalidad naturales. Algo similar sucede con el protagonista: en algunos párrafos, Riquelme describe a Vasek como un hombre poseído, movido por una fuerza despiadada y fanática, mientras que en otros es un iluminado, un guía bondadoso con una mente sin igual, «capaz de atravesar un muro sin remover un ladrillo».

Riquelme no revela más que algunos detalles del entrenamiento impartido por Vasek, solo aclara que a medida que las generaciones egresaban, los doce soldados continuaban sus estudios de manera cada vez más intensa. Durante los siete días de la semana realizaban ejercicios de campo que los llevaban al límite de sus capacidades. Uno dejó al propio Riquelme en el Hospital Militar, con una severa crisis hepática. Cada aspecto de sus vidas era regulado por el capitán: controlaba su dieta, les hacía probar sustancias legales o ilegales, además de pasar días y noches soportando el calor y el frío extremos. Los ejercicios físicos eran complementados con agotadoras sesiones de entrenamiento mental, lectura, meditación o privación de sentidos. En más de una ocasión los sometió a castigos físicos. Hacia el tercer año de entrenamiento, todos los miembros del equipo presentaban algún tipo de mutilación —autoinfligida— que los distinguía como miembros de elite. La decisión quedaba a cargo de ellos; Riquelme había optado por cortar el lóbulo de una de sus orejas. Siguiendo

instrucciones específicas de Vasek, los soldados se alejaron de sus familias, de sus amigos y de sus novias, rompiendo cualquier lazo con el mundo exterior. Se puede subir a respirar, repetía el capitán, pero solo para sumergirse más al fondo.

Años de entrenamiento culminaron en una sola misión: la primera expedición militar chilena a la Antártica zarpó el 21 de enero rumbo a la base Soberanía, en la isla Greenwich. Desde allí continuaron hacia el sur, adentrándose en el territorio antártico, hasta alcanzar la antigua estación ballenera en la isla Decepción. Qué buscaban y hacia dónde se dirigían era algo que solo Vasek sabía, pero era lo suficientemente importante como para recibir el apoyo de la Marina y el Departamento Antártico del Ejército, cuyos vehículos transportaron al grupo hasta que alcanzaron las faldas del monte Centinela, a escasos kilómetros del límite reclamado por la soberanía chilena. En adelante continuarían solos, a pie.

Seis días de marcha a más de cuarenta grados bajo cero, con el viento mordiéndoles la carne como si fuera un animal. Bajo sus pies, millones de años de nieve formaban una plataforma de hielo de más de tres mil metros de espesor, endurecida por las fuerzas de la naturaleza hasta convertirla en el lugar más solitario y desolado del planeta, donde ningún organismo podía sobrevivir. La primera jornada solo lograron avanzar tres kilómetros, entre grietas de hielo que se abrían bajo sus botas y que amenazaban con engullirlos si daban un paso en falso. Cada minuto de caminata los alejaba más del calor del sol, y la moral del grupo —que en un principio incluso encontraba fuerzas para hacer bromas sobre quién sería el primero en sucumbir al frío— se esfumó rápidamente. Todo el impulso de la marcha era sostenido por la mole colosal de Vasek, que avanzaba incólume, tironeando a sus soldados de la cuerda que los mantenía unidos. Dos veces tuvieron que detenerse a recoger a un compañero del suelo, y en ambas ocasiones Vasek se arrodilló a un costado, tan cerca que los demás no lograban distinguir lo que ocurría, solo la niebla que formaba el aliento de Vasek mientras le susurraba palabras al oído, para luego ver cómo el hombre se ponía de pie, se sacudía la nieve del cuerpo y pasaba milagrosamente a encabezar la marcha, arrastrando a los demás con la misma fuerza con que los jalonaba el capitán.

De noche, Vasek los reunió dentro de su carpa. Por primera vez les habló de su vida personal, de su infancia a bordo de los aviones que piloteaba su

padre en el sur del país y de la visión que tienen los que estiran las cadenas que nos atan a la Tierra. Allí, les dijo, el hombre se reduce a su tamaño real, y sobre la escala natural del planeta, inabarcable para la mente humana, solo destacan las grandes montañas, los caminos trazados por los ríos, el océano rabioso y el desierto de arena. Vasek había convencido al Ejército con promesas de poder, control sobre el país y sus vecinos, pero él les daría algo diferente: un cambio interior. Algo silencioso y pequeño como un virus, que espera el momento agazapado dentro de su huésped. Desde el frío de la Antártica sacudiría las raíces de la Tierra, desde la partícula más pequeña hasta la más grande, y recorrería la cordillera para despertar a los chilenos. El hombre sostiene la piedra, les dijo Vasek, pero nunca la montaña de la que es parte. Esa ignorancia, esa carencia esencial, sería superada.

Durante la noche del tercer día, una tormenta de nieve sepultó sus tiendas. Los que pudieron liberarse trabajaron horas para desenterrar a sus compañeros. Cuatro de ellos no sobrevivieron al frío. Riquelme sufrió quemaduras en el rostro y en las manos; su piel morada se pegaba a los bordes de sus antiparras, y apenas pudo distinguir la ceremonia de sepultura que Vasek realizó frente a las tumbas superficiales que habían logrado arañar en el hielo. Al terminar, los hombres restantes continuaron el camino y establecieron campamento cerca del macizo Vinsón, protegidos por la base de la enorme montaña. En la mañana del sexto día, Vasek llamó a sus soldados para entregar sus instrucciones finales.

Ante un grupo de hombres más cerca de la muerte que de la vida, Vasek habló del fuego y del hielo; habló del tiempo retorciéndose como una serpiente y de la sangre que se derramaría sobre Chile en los años venideros. Habló de un destino nuevo, de un país que avanzaría a saltos hacia el futuro, y del glorioso amanecer que seguiría a la noche en que se hundiría la patria. Les dijo que la muerte no era menos ilusoria que la vida, y que el mal crecía en la humanidad como un tumor sobre la piel de la Tierra. Un verdadero soldado siempre estaba en guerra, les dijo, y la lucha no acababa ni siquiera en la tumba: esa tarde llegarían a su destino, pero solo uno de ellos volvería con vida. *Porque sin muerte no hay gloria, y sin gloria solo nos queda la derrota.* El sobreviviente debía retomar el camino de regreso y sería recogido por una segunda expedición que les seguía los

pasos. Ese único testigo cargaría con su sacrificio y estaría en sus manos encontrar el sentido, la llave de la puerta que sus muertes traerían al mundo.

La narración de Riquelme acababa en ese punto: un grupo de soldados cubiertos de nieve perdiéndose en el horizonte blanco, siguiendo los pasos de un loco. ¿Qué pasó con Vasek y los demás miembros de la expedición? ¿Por qué Riquelme había sido elegido como testigo y no alguno de los demás? En ese minuto las respuestas no me importaban: el artículo estaba muerto, incluso antes de haberlo empezado. No eran más que los delirios de un viejo senil, un paranoico perdido. No se me ocurría ninguna forma de corroborar la historia y tampoco valía la pena intentarlo, porque jamás podría pensar en publicar algo así en la revista. No tenía absolutamente nada que mostrar a mi editor, ni me quedaba material con el que trabajar, excepto por cientos de poemas y una carpeta llena de recetas de cocina. Si pudiera demostrar que algunos de ellos eran originales de Vasek, quizás tendría algo, pero, ¿de qué servían los poemas sin la historia? Lo que faltaba era el sentido. Y ese era el problema: la historia no tenía ninguno.

Empecé a llegar cada vez más tarde al trabajo, tanto que ya ni siquiera me avisaban de las reuniones de pauta. Sencillamente no podía dormir, incluso tomando pastillas. Cuando no estaba obsesionado por el temor de perder mi trabajo, tenía sueños incoherentes sobre Riquelme y Vasek, o pesadillas extrañas en las que aparecían mi ex novia y Fede, vestidos con uniformes militares, mutilados, sin orejas, sin los dedos de las manos.

Él no venía a la oficina desde que se había robado las carpetas, pero nadie notaba su ausencia salvo yo, que tenía que ocuparme de los detalles que habían dejado a su cargo. Una tarde lo vi conectado al chat pero no me animé a hablarle, no se me ocurría qué le podía decir. Por razones obvias, él nunca ponía su foto en el perfil, usaba las imágenes que venían con el programa, como un patito o una pelota de fútbol, pero ahora la había cambiado: al lado de su nombre aparecía la foto de un iceberg. Parecía más un dibujo que una fotografía, flotaba en el medio del mar como una montaña sumergida, y aunque era difícil distinguirlas por el tamaño de la imagen, se alcanzaban a ver dos figuras humanas de pie cerca de la cima, a un costado de una bandera chilena. Cuando finalmente me animé a preguntarle algo se desconectó sin responder.

Durante los próximos días estuve esperando volver a verlo; yo no lograba sacarme a Vasek y la Antártica de la cabeza, y él era la única persona con la que podía hablar de eso. Los pocos amigos a los que les había contado la historia se habían reído, o terminaban por descartarla con la misma rapidez con que yo lo había hecho en un principio. Pero algo había cambiado para mí, aunque no sabía qué era.

Comencé a leer todo lo que pude encontrar sobre la Antártica. Había sido el último continente en ser descubierto por el hombre y aún ahora, siglos después, seguía siendo uno de los lugares más desconocidos de la Tierra. Era tan violenta, fría y estéril que no atraía salvo a los más desquiciados, aquellos exploradores que no lograban agotar su sed de descubrimientos, el tipo de personas que habrían organizado una expedición al mismo infierno si alguien les señalara su lugar en el mapa. El primer avistamiento lo hizo un marinero holandés, en 1599, y desde entonces rigen sobre el territorio una serie de prohibiciones que no se aplican a ninguna otra parte del planeta: las actividades militares, comerciales y mineras están prohibidas, solo están permitidas la exploración y la investigación científica. Y, sin embargo, a pesar de decenas de viajes de reconocimiento, que incluso abarcaban una flota de submarinos nazis a finales de la Segunda Guerra Mundial, todavía no se conoce siquiera una décima parte de su superficie, mayor a la de México y Estados Unidos. Al menos como escenario para su delirio, Riquelme había escogido bien: la Antártica era un lugar impenetrable, un enorme desierto vacío, ajeno y extraterrestre. El Corazón Helado de la Tierra, lo llamaba Vasek en sus poemas. Y era justamente ahí, en los poemas del capitán Vasek, donde yo estaba teniendo mis mayores problemas.

No tenía cómo saber quién era el autor verdadero, pero al menos estaba seguro de que no podían haber sido escritos por Riquelme. La diferencia (como reconocía él mismo en su relato) era abismal: no había ningún delirio grandilocuente en lo que escribía Vasek, y aunque la temática de muchos bordeaba el misticismo, y sus temas favoritos eran la locura, el silencio y la muerte, lo que más me asombraba era su simpleza, la forma en que cada palabra ocupaba su lugar natural, y la sensación de bondad que se desprendía de la mayor parte de ellos. Un hombre mira a su hijo dar sus primeros pasos, la huella que dejan sus pies desnudos, rojos por el frío, y los chillidos de emoción de un ser descubriendo sus infinitas posibilidades;

un caballo desbocado que galopa hasta que le estalla el corazón; una mujer que espera el nacimiento de su hijo en el hospital de una ciudad extranjera, inmóvil como un animal; las alas de un avión atravesando un banco de nubes, su silueta recortada sobre la tierra antes de explotar en llamas, y una larga caída hacia el suelo. Eran imágenes que acarreaaba en la cabeza todo el día y que no me permitían escribir sobre la última corbata que usaban los ejecutivos chilenos, el número de víctimas de la tragedia más reciente, o ninguna otra de las infinitas pequeñeces que me pedía mi editor y que yo anotaba en una lista de pendientes que cada día se hacía más larga.

Cuando ya preparaba las excusas para mi jefe, encontré una nota sobre mi escritorio, escrita en unos de esos papelitos amarillos post it. Era la lista de los candidatos aceptados para el Premio Nacional, y —como ya me lo esperaba— no incluía el nombre de Vasek. Era el golpe de gracia. La nota estaba firmada con una G, de Guillermina, la única amiga que tenía en el trabajo. Guille era casi diez años mayor que yo, tenía dos hijas pequeñas y desde que había llegado a la revista me trataba como a un hijo. Sin ella no habría durado siquiera un mes. Me acerqué a su escritorio y apenas me vio llegar me dio un abrazo. La lista se la había dado su novio, que trabajaba en el Ministerio de Educación, y aún no había sido publicada, pero era cosa de días. Para reunir ánimos antes de hablar con mi editor, le dije a Guille que me acompañara a tomar un trago.

Era una mujer pequeña, incluso más baja que yo, y aunque no era bonita, sí era muy atractiva. No había estudiado en la universidad y tuvo que criar a sus hijas trabajando en mil cosas distintas antes de entrar a la revista como fotógrafa. A mi edad había sido okupa, anarquista y adicta a la cocaína. Ahora solo tenía problemas con el alcohol, pero su adicción pasaba inadvertida. En realidad ella siempre pasaba inadvertida, como si la gente no pudiera asociar su cuerpo de niña, sus pechos y su cintura de muñeca, con su absoluta falta de inocencia. Incluso a mí me costaba pensar en ella como en una mujer adulta: cuando salíamos con sus hijas, parecíamos una familia en miniatura.

Cuando ya estaba un poco borracho le empecé a contar la historia de Vasek y Riquelme sin omitir detalles, desde el miedo que me había dado la pirámide de la villa militar hasta la manera en que asomaban los pechos de la sobrina de Riquelme bajo su camisa blanca y los ojos completamente blancos con que me había observado él antes de salir. Guille era una mujer

brillante. Era la única en la revista que sabía de mis aspiraciones literarias y la primera persona a la que le mostraba lo que escribía. Siempre discutíamos mis artículos, me ayudaba a corregirlos o me consolaba cuando mi editor elegía un título particularmente vergonzoso. Guille me preguntó cómo era Vasek físicamente, y luego quiso saber todos los detalles de mi encuentro con Riquelme. ¿Qué muebles y libros tenía en su pieza? ¿Cuándo y por qué se había unido al Ejército? Se rió cuando le conté las incoherencias de la entrevista y el susto que había pasado cuando cerró la puerta con llave para entregarme las carpetas. Le expliqué que Fede se las había llevado a su casa y que desde entonces no había vuelto a la oficina. Ella ni siquiera había notado su ausencia, no lo toleraba. Decía que solo había obtenido su puesto por lástima, ya que alguien así jamás iba a poder ser buen periodista. ¿Cómo iba a sacarle una historia a alguien, si apenas se podía mirarlo a la cara? A mí nunca me había gustado cómo lo trataba, así que cambié de tema y le hablé de la historia que había escrito Riquelme.

Empezando por los años en el Ejército, traté de centrarme en las cosas que me parecían más destacables de Vasek, pero ella estaba más interesada en Riquelme. ¿Qué grado había alcanzado en el Ejército? ¿Tenía hermanas o hermanos? ¿Qué hacía con las manos cuando hablaba? Le conté que tenía una hermana menor, pero que eso era más o menos lo único que sabía de él. Seguí con la historia de la expulsión y el regreso de Vasek hecho capitán. Le relaté el proceso de educación, los rituales de mutilación y los ejercicios de campo. Guille quiso saber si yo le había visto las orejas a Riquelme. Le dije que en realidad no me había fijado, y que incluso si hubiera sabido habría sido difícil comprobarlo, porque tenía el pelo por debajo de los hombros. Finalmente, le relaté los pasos de la expedición, la tormenta de nieve que casi los mata, el discurso de Vasek y la elección del testigo. Ese sería Riquelme, me dijo, qué conveniente, escribir una historia de la cual uno es el único sobreviviente. Le respondí que lo fascinante era Vasek, el autor de los poemas, la posibilidad de encontrar y dar a conocer a un gran poeta, y lo interesante que sería conocerlo y ver si lo que había escrito Riquelme era cierto. Guille no estaba de acuerdo: para ella lo importante era la expedición a la Antártica, mal que mal le había costado la vida a doce soldados. Si buscaban algo, era fundamental. Le recordé que el fin de la misión no estaba revelado, que la historia no tenía sentido, y que Riquelme estaba claramente desquiciado. Además, la Antártica estaba llena de

historias de derrota y de muerte, y esta era solo una más. Le hablé de Robert Falcon Scott, el oficial británico que creyó ser el primero en alcanzar el Polo Sur, en 1912. Después de una travesía infernal, al llegar al grado 90 se encontró con la bandera de Roald Amundsen, el explorador noruego, plantada solo semanas antes. Agotados y enfermos, los integrantes de su expedición iniciaron el camino de regreso. ¡Santo Dios!, este es un lugar terrible, escribió el capitán Scott en una de las últimas entradas de su diario. Ocho meses después encontraron sus restos todavía dentro de sus sacos de dormir, rodeados de las ruinas congeladas de su campamento.

Para terminar, le hablé de los supuestos poemas de Vasek, la libertad con que estaban escritos, sus referencias al tiempo, a la naturaleza y al pasado antiguo, y de sus versos simples pero cargados de veneno, como pequeñas explosiones sordas. Le pasé los mejores y ella los estuvo leyendo mientras yo iba al baño. Pedí dos cervezas más. Cuando terminó de leerlos los dejó caer sobre la mesa y vació lo que quedaba en su vaso. Son una mierda, me dijo, de la peor especie, lo que cagaría un muerto. Le respondí que eran lo mejor que había leído en mi vida y que la poesía de Vasek escondía algo importante. Te gustan porque eres un pendejo, me respondió, un pendejo que le gusta leer sobre la muerte y la nada y el abismo porque todavía no tiene la más puta idea de lo que es la vida. Le dije que se fuera a la mierda. Ella se rió, me dio un golpe en las canillas por debajo de la mesa y extendió su botella vacía. Anda a buscar otra cerveza, mejor.

El bar estaba cerrando. Afuera habían empezado a caer las primeras gotas de lluvia. No quedaban más de diez personas en todo el lugar. En la mesa de al lado unos yuppies hablaban a gritos con la mesera, y escuché que uno de ellos hacía un chiste sobre nosotros, un comentario idiota sobre la diferencia de edades. Guille se dio cuenta y puso su mano sobre la mía. Yo me quedé mirándolos fijamente, esperando que alguno reaccionara para poder soltar la rabia, contra ellos, contra Guille, contra mi jefe, contra todos los que se reían de mí, tan borracho que no me importaba que fueran tres, más grandes y probablemente más fuertes, y estaba a punto de levantarme cuando Guille me dijo que dejara de hacer el pelotudo y terminara la historia.

Ya no quedaba nada que contar: al final de la expedición, Vasek les prometía la muerte a todos salvo a uno. Como el mapa de los piratas, me dijo, los que entierran el tesoro son asesinados. Claro, respondí, salvo que

en este caso no había ningún tesoro, ningún secreto revelado y, por lo que yo sabía, Riquelme había perdido la cabeza después de la expedición. Alguien más tiene que haber sobrevivido, dijo Guille, tal vez Vasek les había mentado a todos, tal vez Vasek era el verdadero testigo y Riquelme era solo una fachada detrás de la cual esconderse. Después de todo, perfectamente podría ser el mismo Karol Vasek, el loco original que lleva a sus hombres a la muerte y luego vuelve como único sobreviviente, dedicando su vida a propagar la historia del viaje a la Antártica y a publicar sus libros de poemas, haciéndose pasar por Riquelme, un viejo compañero del Ejército. De esa forma no se hace cargo de nada, me dijo Guille, permanece en las sombras, completamente impune. No, le dije, el viaje a la Antártica, el testigo, toda la parafernalia del Ejército eran solo un invento. La historia como la veía yo era muy sencilla: Vasek renunció al Ejército luego de su colapso mental y se dedicó a la poesía; Riquelme continuó su carrera, seducido por la figura del poeta, tejiendo tramas bizarras en las que se acercaba a su ídolo y se permitía comulgar con el soldado estrella, con el compañero perdido que lo había marcado de forma tan profunda. Si te preocupa tanto, la solución es simple, me dijo Guillermina: tienes que volver a hablar con Riquelme, o de lo contrario encontrar a Vasek. Era solo cosa de dedicarle más esfuerzo. Le dije que había tenido suficiente, que lo único que quería era que la historia se acabara, que dormía menos que nunca y me pasaba las noches escribiendo malas copias de los poemas de Vasek. ¿Y qué vas a hacer en la revista?, preguntó. No lo sabía, y ya no me importaba, tal vez ponía una bomba. Guille se rió, se inclinó hacia delante y me pasó los dedos por el pelo. Le tomé el brazo, la sujeté con fuerza y traté de darle un beso, pero ella corrió la cara y me miró con lástima. Mala idea, chinito, me dijo, y le indicó al mozo que nos íbamos. Pagamos la cuenta en silencio y salimos al frío.

Al día siguiente Fede volvió al trabajo.

Entró sin saludar a nadie, alrededor del mediodía, y me invitó a almorzar. Fuimos a un restaurante cerca de la oficina, al que íbamos seguido. Se comía barato y siempre ponían la misma teleserie. Cuando entramos la protagonista estaba en una cama de hospital, recién salida de un coma: había perdido la memoria y no recordaba la identidad de su atacante.

Pedimos el menú y dos cervezas, pero Fede no tocó su comida. Apeataba como si no se hubiera bañado en semanas y de inmediato noté que algo le pasaba. Evitaba mirarme a los ojos, pero no por su timidez; al contrario, ahora hasta se movía distinto, más seguro, sin gestos innecesarios y sin que lo afectaran sus tics nerviosos. Miraba a su alrededor con la actitud de alguien que acaba de regresar de un largo viaje, notando diferencias en cada detalle, incapaz de reconocer los objetos cotidianos. De vez en cuando se llevaba las manos a la cabeza, se cubría los ojos y los frotaba, como si estuviera sufriendo una jaqueca o tratara de borrar una imagen mental. En la mano izquierda, un vendaje sucio le cubría el dedo meñique y estaba a punto de despegarse de la piel. Cuando le pregunté si se había hecho daño me dijo que no era nada, una pequeña herida, un corte que había sangrado mucho pero que no le había dolido. Si no se cambiaba el vendaje seguro que se le iba a infectar, le dije, estaba prácticamente negro por la mugre y los restos de sangre. No pasa nada, respondió, mañana me lo saco.

Normalmente nos sentábamos cerca del televisor, a Fede le gustaba ver la teleserie y yo podía ignorarlo más fácilmente, pero esta vez ocupamos una de las mesas que daban a la calle, la más apartada de todas, y cuando nos retiraron el primer plato encendió un cigarrillo. Si le hubiera prendido fuego al mantel me habría sorprendido menos. Fede odiaba los cigarrillos, y siempre trataba de convencerme de que dejara de fumar. Para hablar de algo le pregunté por su amiga, la que había terminado con el novio. Creía que habían vuelto, pero ya no estaba enamorado. ¿Qué había cambiado? No lo sabía, un día se había levantado y ya no sentía lo mismo. Las cosas no pasan así, le dije. Mentira, respondió, las cosas pasan exactamente así. Le pregunté por su sobrina, por su madre, y cómo pretendía convalidar su práctica en la universidad si ya nunca venía al trabajo. La práctica no tenía ninguna importancia: él estaba preocupado por otras cosas, no tenía tiempo que perder con la universidad, menos aún con el trabajo. Le dije que me parecía una respuesta pelotuda. Se quedó mirándome a los ojos: Y tú, ¿por qué quieres que te echen? Yo no quería que me echaran, pero tampoco quería ser periodista. Si me echaban bien; si no, bien también. Esa sí es una respuesta pelotuda, me dijo. Yo me reí, pero Fede se puso muy serio. Trituró su cigarrillo contra el plato.

Riquelme quería sus carpetas de vuelta, los originales que me había confiado. Fede nunca había estado enfermo, había pasado el último tiempo

visitando todos los días al ex coronel, por eso faltó al trabajo. Si las necesitaba para el artículo, Fede me podía dar sus copias, pero era fundamental que yo devolviera las carpetas. Le dije que el artículo ya no corría, que la historia era una locura, y que no valía la pena seguir buscando a Vasek, porque ni siquiera había sido aceptado como candidato al Premio Nacional. Se quedó mirando la mesa durante un segundo, jugando con uno de sus cubiertos. Yo te puedo llevar a conocerlo, me dijo, partimos mañana mismo con Riquelme. Explicó que no había querido irse sin avisarme, pero yo lo paré en seco: Riquelme era un loco, tal vez un loco peligroso, y si su historia era cierta, él y Vasek eran responsables de la muerte de sus compañeros. Según Fede, yo no sabía de lo que estaba hablando, no conocía salvo una pequeña parte de la historia. Por eso vine a buscarte, me dijo sonriendo, para que la conozcas completa. Una cosa era escribir sobre una buena historia, me dijo, y otra ser parte de ella. Bastaba ir con ellos. Estuve a punto de reírme; yo no iba a ninguna parte, no me interesaba sacrificarme para seguir a un supuesto iluminado. De toda la historia, lo único que me importaba eran los poemas de Vasek, aunque por lo que sabía, Riquelme y él podían ser la misma persona. No, respondió Fede, eran personas distintas, completamente distintas. Vasek era tan real como yo, como él, como cualquiera. ¿Entonces dónde estaba? Riquelme no se lo había dicho. Al sur, me dijo, vamos al sur. No me quedó otra opción que insultarlo: Riquelme se estaba aprovechando de su inocencia, lo dejaría botado al final del camino como había hecho con sus antiguos compañeros. Además, era un viejo de mierda, casi ciego, y no estaba en condiciones de guiar ningún tipo de expedición, argumenté, pero Fede estaba convencido: Riquelme era más fuerte de lo que yo podía imaginar, más fuerte que cualquiera, y nos había elegido para acompañarlo; yo había recibido las carpetas por una razón, pero aún no me había dado cuenta. En ese caso lo mejor sería que partieran, le dije con ironía, yo los alcanzaba después de mutilarme; ¿acaso ese no era uno de los requisitos? Toda mi vida he vivido con miedo —respondió Fede encendiendo otro cigarrillo—, miedo de los demás, miedo de mí mismo; ahora me expongo, acepto los poderes naturales como rectores de mi mundo. En la naturaleza la guerra nunca se duerme: debes comer la carne de tus enemigos, ves caer uno a uno a los miembros de tu ejército. Fuera del mundo de los hombres, los hermanos luchan hasta la muerte, los hijos devoran a sus madres, los padres asesinan a sus hijos. Mira más allá de la

ciudad, no hay reglas humanas allí, solo la naturaleza pura, muda e indiferente. Cuando le dije que estaba repitiendo la misma mierda que Riquelme, Fede se puso de pie. ¿Cuándo podía pasarle las carpetas? Yo no pensaba devolverlas, no iba a ayudarlo a cometer una estupidez. Eres un cobarde, me dijo fríamente, no tienes derecho a quedarte con ellas. Además, no creo que te convenga. Le pregunté si acaso me estaba amenazando. Fede me miró con desprecio, y luego se echó a reír a carcajadas, una risa grotesca que le deformó aún más el rostro y que acabó en un ataque de tos que le sacudió el cuerpo entero. Cuando recuperó el control, sacó un par de billetes de su bolsillo y los dejó encima de la mesa, suficientes para pagar por los dos. Me dijo que lo llamara si cambiaba de opinión, me dijo que leyera bien las carpetas, que tratara de entender. Le pregunté qué mierda había que entender. Los poemas, respondió antes de darse la vuelta, los poemas son todos de Riquelme.

Regresé a la oficina afiebrado, con la risa de Fede sonando aún en mis oídos. Nadie me había visto salir con él, pero yo sentía que todos en la oficina me miraban, esperando una señal mía, un gesto que los tranquilizara, o un signo para salir escapando. Me senté frente al computador, me puse los audífonos para ahogar el ruido y escribí hasta perder la noción del tiempo, como nunca lo había hecho antes, una palabra siguiendo a la otra sin esfuerzo, inmerso en un estado de trance, y no me levanté hasta que ya estaba completamente solo, en medio de una oficina oscura, con la historia de Riquelme y Vasek lista para entregar a mi editor. Abrí mi correo y le envié el artículo. Antes de salir dejé una copia impresa sobre su escritorio.

Tomé un taxi a casa, completamente agotado, con la vista tan cansada que veía rayos irradiando de las luces de los semáforos y de las líneas y números que atravesaban la pantalla de la radio del taxi, y luego, al llegar a mi casa, por primera vez desde que había empezado a investigar sobre Vasek, cerré los ojos y dormí la noche completa, sin remedios, sin sobresaltos.

Al día siguiente el director de la revista me llamó a su oficina. Mi editor estaba sentado a un costado de su escritorio. Apenas escuché lo que me dijeron, actuaban como si la responsabilidad fuera suya, diciendo que yo

nunca había calzado con el perfil de la revista, pero que estaban seguros de que encontraría un lugar donde escribir, y que si me esforzaba podía llegar a ser un gran periodista. En vez de burlarse, mi editor prácticamente me pidió disculpas por los malos ratos que me había hecho pasar, y dijo que siempre le había gustado la forma en que escribía. Se notaba que me tenía lástima, que trataba de suavizar el golpe o disimular el placer que estaba sintiendo, pero a mí nada parecía afectarme: mi peor temor se estaba haciendo realidad y yo apenas podía contener las ganas de reír. Cuando terminó de hablar estreché su mano, luego la de su jefe, y fui a despejar las cosas de mi escritorio. En veinte minutos estaba a bordo del metro, y a las once de la mañana veía la luz del sol de invierno atravesando las ventanas de mi departamento.

No volví a ver a Fede. Cuando se me pasó la rabia intenté ubicarlo, pero nadie contestaba el teléfono de su casa. Después de escribirle un par de correos sin obtener respuesta logré contactar a su amiga. Se puso a llorar apenas le mencioné su nombre: Fede estaba desaparecido. La había llamado para despedirse, pero no le dijo adónde iba, y desde entonces no contestaba el celular. Su madre tampoco sabía dónde estaba. Dejé pasar el tiempo, evitando ir al único lugar donde seguramente lo encontraría, y un día, sin saber bien cómo, me encontré afuera de la villa militar, con las carpetas de Riquelme bajo el brazo, pero esta vez ni siquiera pude pasar la caseta del guardia. Riquelme estaba de viaje, no sabían cuándo regresaría, y lo único que podía hacer era dejar un recado. Al otro lado de la barrera, entremedio de los árboles, podía ver una de las esquinas del edificio blanco, aunque desde afuera no tenía el mismo efecto, parecía una construcción como cualquier otra. Pregunté por su sobrina, por su hermana, pero el guardia era nuevo, e incluso más idiota que el anterior, y como única respuesta me extendió el cuaderno de visitas. Anoté mi nombre y teléfono, le entregué las carpetas al guardia, para que se las devolviera a su dueño si alguna vez regresaba, y me fui sin mirar hacia atrás.

Cuando recibí el dinero de mi indemnización, me mudé a la casa de playa de una amiga, sin pagarle más que las cuentas de agua, luz y gas. Era una

cabaña derruida en un balneario pobre y sin encanto, llena de goteras y mierda de ratones. Mi presupuesto alcanzaba apenas para comprar arroz, una bebida y un pollo asado que tenía que hacer durar toda la semana, pero que aprendí a compartir con un perro callejero que adopté a los pocos días de haber llegado, después de encontrarlo arañando mi puerta durante una noche de tormenta. No tenía teléfono, no veía televisión ni compraba el periódico, pero el perro me acompañaba a la playa en los días de sol y se recostaba a mi lado en la tarde, cuando finalmente lograba arrastrarme fuera de la cama.

Si me atacaba la soledad salía a dar largas caminatas sin rumbo, que podían durar hasta el anochecer, hablando en voz alta con mi perro, escuchando canciones que aprendí de memoria, hasta que llegué a conocer cada una de las calles, las casas abandonadas en que podía entrar a curiosear y el puñado de vecinos que vivían ahí durante todo el año, tan encerrados en sus vidas que jamás los vi en la calle, solo a través de sus ventanas. En los días en que estaba llena, la luna iluminaba lo suficiente para poder ir más allá de los límites del pueblo, donde se acababa el tendido eléctrico y solo quedaban potreros vacíos, casas de campo perdidas en la distancia, largos caminos de tierra bordeados de malezas, todo bañado en tres tonos de gris, como si estuviera caminando por una película muda o viera el paisaje a través de los ojos de mi perro. Cuando el tedio y el aislamiento se volvían insoportables, tomaba el bus a Santiago y me quedaba en la casa de un amigo durante el fin de semana para estar con mi familia, lavar ropa y ver amistades. Aunque solo estaba a un par de horas de la capital, me sentía a un mundo de distancia, y poco a poco esos viajes se hicieron menos frecuentes, hasta que finalmente dejé de ir por completo. Ya ni siquiera cargaba el celular, mis amigos se distanciaron y las pocas mujeres con que tenía contacto ya no respondían el teléfono.

Por la falta de comida bajé de peso, pero me sentía más fuerte y saludable que nunca. Leía todo el día y toda la noche, y empecé a escribir mis primeros cuentos. A veces caminaba hasta un pueblo cercano a bajar pornografía de Internet, revisar mi correo y el blog de Fede, pero nunca lo volvió a actualizar. Tampoco lo vi más en el chat. Trataba de no pensar en la Antártica, en Riquelme, en Vasek o en sus poemas, y gradualmente mis obsesiones fueron reemplazadas por cosas mundanas: una garrapata en el cuello de mi perro, madera para no congelarme en la noche, miles de

abdominales y flexiones de brazos para llenar el tiempo muerto. Vivía solo y en silencio, pero me sentía tranquilo. Dormía mejor, y casi nunca tenía pesadillas, pero de vez en cuando, si mi perro no aparecía en varios días o hacía un frío particularmente feroz, soñaba con mis pasos marcados en la nieve.

Alfredo en cama

El infinito es la realidad de las cosas menos el límite.

PIERRE JANET

Esto va a terminar muy mal.

Anoche me despertaron los temblores. Hasta la cama se sacudía. Si siguen así no van a quedar más que ruinas en este país, iglesias convertidas en escombros, como los restos del Imperio romano o la Acrópolis griega. Qué importa, si nunca vamos a superar a los griegos. Yo lo sé, los he estudiado a fondo. Me dicen que trate de no pensar en ellos, que me hacen mal, pero qué me van a hacer si ellos están muertos y yo estoy vivo. Ya no creo en fantasmas. Mi padre, por ejemplo, se aparece en esta pieza de vez en cuando y trata de conversar conmigo. Después de un rato se va. ¿Dónde? No tengo la menor idea, hace mucho que no se puede confiar en él.

Hace frío. Me tengo que cortar la uñas, tengo que levantarme de la cama y tengo que ensayar, pero no puedo encontrar el saxo. Meses que no lo veo. Meses o días, es uno de esos dos, porque si fueran años me daría cuenta, incluso yo, que ya no sé distinguir bien las cosas, sabría si fueran años. Tan loco no estoy. Tal vez cuando era niño, pero ahí no cuenta, todos los niños están locos. Cuando era chico, aquí en este mismo cerro, jugábamos a amarrarnos patines a los pies y tirarnos por la calle para abajo. Eso sí era una locura, no había cómo frenar, o llegabas hasta abajo o te desconchabas en el camino. Un adulto jamás haría una cosa así, jamás se expondría, pero con los niños es diferente, pura capacidad de recuperación, como las lagartijas, como las estrellas de mar. Entonces el mar todavía estaba vivo, una cosa alucinante, no se podía caminar por las pulgas que se escondían debajo de la arena, podías sacar almejas y caracoles directo de la playa, y la espuma del mar parecía el semen de una orgía. A mí me daba un poco de asco tanto bicho dando vueltas. No me metía al mar si no era de la mano de mi padre. Salíamos a caminar por la playa a ver quién encontraba la estrella

de mar o el poto más grande. Poto le decíamos a un tipo de anémona que crece en las costas chilenas: *phymactis papillosus* o *anthotoe chilensis*, depende del poto. En esa época, en la década del cincuenta, estaban en todas partes, pegados a las rocas como un chicle gigante, amarillos, rojos y verdes, había de todos los colores. Si uno les hundía un dedo al medio, hacían un sonido parecido a un pedo, de ahí les venía el nombre. Porque poto en chileno significa culo, o raja, o cola, como aprendí a decirle en Argentina, cuando tocaba con todas las bandas de Buenos Aires. Y eso que en Chile, cola les decimos a los maricones. Maricón en francés es enculé, aunque ahora el francés se me ha olvidado por completo, como si no hubiera pasado diez años en París. Cuando lo hablaba me sentía un tipo cosmopolita, en vez de un flaco nacido en el puerto. *Le chilien du saxophone*, me decían en Francia, pendejitos de veinte años que se acercaban después de las tocatas, puros rucios aplaudiendo al flaquito del saxofón, ese que tiene cara de mapuche, que toca con los ojos cerrados, de rodillas, como si estuviera rezando. En París me ofrecieron un contrato discográfico; aunque yo no me di cuenta, tengo que admitir que las cosas habían empezado a fallar. No tanto yo, sino lo que me rodeaba, el escenario, por decirlo de una manera, empezó a perder nitidez, como si me hubiera bajado la ceguera de mi vieja, o me hubieran cambiado los ojos por la nariz. Eso sí habría sido una cagada, porque según mis profesores yo tengo oído perfecto, puedo distinguir cualquier nota, cualquier tono, con tal de escucharlo una vez, pero mi nariz no sirve. No huelo ni la mierda de los perros. Aunque hoy eso puede ser una ventaja, porque con este frío no hay posibilidad de bañarse, menos con el agua como sale del baño. Yo así no me baño. Ni-ca-gan-do.

Un contrato, un contrato me habría salvado la vida, aunque mis amigos dicen que cuando me lo ofrecieron lo único que hice fue pedir que me compraran un trago, y que a medida que me emborrachaba empecé a hablar de los griegos, de las vestales y de la muerte de mi viejo. Murió cabalgando. No quiero decir que murió como un valiente, sino que era jockey, jinete profesional. Eso es lo que más recuerdo de él, el olor a caballo. Yo mucho más alto no soy, pero incluso de niño me daba cuenta de que mi viejo era pequeñito. Enfermizo, además. Según mi vieja, murió durante una carrera cuando yo tenía solo ocho años, por problemas de diabetes. Ahora sé que es distinto, se mató como los japoneses. Lo sé porque al menos una vez al mes

entra a esta pieza y se sienta en una esquina, con el cuchillo clavado hasta el mango, pero con una sonrisa en la cara, como si le estuvieran contando el mejor chiste. Le pregunto qué es tan divertido, para que nos riamos juntos por lo menos, pero ahí se pone a llorar, o se pone a gemir, que es mucho peor. Eso sí me pone triste, verlo así. Lindo mi viejo, yo lo quiero todavía, pero cuando se pone a llorar le pido que se vaya, y si al rato no desaparece sencillamente me tapo la cabeza, o le doy la espalda. Entonces trato de imaginarlo arriba del caballo, corriendo en el hipódromo de Viña del Mar, con ese traje blanco a líneas rojas, que yo después de su muerte me puse más de una vez, a escondidas. Parado frente al espejo, con mi caballo de palo entre las piernas, a una nariz del puntero, como mi padre, el Flaco Cabezas, un jinete explosivo, de esos que te dan vuelta una carrera en los últimos veinte metros.

Cuando se murió mi viejo, mi madre se volvió a casar con un marino, un telegrafista que trabajaba en la Escuela de Telecomunicaciones. También era un tipo pequeño, parece que así le gustaban, bien flacos. Como yo también era así, la gente pensaba que era mi padre verdadero, cosa que no me molestaba. Tenía un revólver, un 38. Una vez lo asaltaron, y se lo dieron en el trabajo, no sé bien por qué, debe ser una cosa de milicos. De mi padrastro se podría decir que heredé el oído, aunque no sé si se pueden heredar cosas de alguien que no es tu sangre. Nos quedábamos toda la noche despiertos descifrando mensajes en código que escribían sus compañeros, con una radio que habíamos montado en una esquina de mi pieza, una Westinghouse del tamaño de un refrigerador. Después, cuando nos fuimos a vivir a Buenos Aires, yo usaba los mismos códigos con mis amigos de la banda para hacernos señas en el escenario. Dejaba prendida la radio toda la noche, no me podía dormir sin ese ruido de fondo, esos clics raros que parecen un idioma de insectos. Ahí fue cuando me di cuenta de que tenía el oído diferente. Me dedicaba a escuchar la estática. Hay una tremenda cantidad de información en ese ruido. El otro día en la televisión vi a un físico decir que parte de esa estática proviene del origen del Universo, una radiación que ha dejado atrás el Big Bang. Si sintonizas un canal vacío, esos que solo muestran puntitos (hormiguitas, como le dicen aquí), parte de esas hormigas, algunos de esos puntos blancos o negros que atraviesan la pantalla, también son de ahí, restos de una explosión de hace quince mil millones de años. ¿Cómo no va a ser lindo eso? Quince mil

millones, una cantidad enorme de tiempo, tres veces más que la edad de la Tierra, aunque igual está lejos del infinito. Creo que de tanto escuchar se me hizo un vacío en la cabeza. Tal vez de ahí me viene la música; si no, no se me ocurre de dónde.

A los doce mi vieja me regaló una armónica, mi primer instrumento, y con ella aprendí a imitarlo todo. Las canciones de la radio, los pocos discos que tenía, incluso los ruidos de la casa, las cañerías, la descarga del baño. Solo basta captar la dimensión en que vibran. En el colegio de Valparaíso, por ejemplo, fui el único que aprobó taquigrafía. Yo adivinaba las palabras por cómo sonaba la tiza contra la pizarra, el ruido áspero de los círculos, las líneas largas, los golpes de los puntos, las comas y los acentos, y levantaba la mano antes de que el profesor terminara de escribir y él decía: ¡zas, ahí está Alfredo de nuevo! Todas las abstracciones me gustan, pero con la música no empecé en serio hasta que nos mudamos a Buenos Aires.

A mi padrastro le ofrecieron entrenar a los miembros de la Armada argentina, y partimos a un barrio cerca de San Isidro. Yo seguía tocando la armónica, y un vecino me invitó a su banda. El director dijo que tenía que aprender clarinete. Un año después ya estaba practicando polirritmia, escribiendo mis primeros arreglos, metido a fondo en el mundo del jazz. Es que antes me gustaba la música barroca y el jazz es como un barroco sincopado. Por cómo tocaba, y por lo pendejo que era, empezaron a decir que era un genio. Nada que ver. Un genio es Bach, o Parker, o Walt Disney, un genio inventó el saxofón. Yo soy un músico, alguien que sabe tocar un instrumento. No hay que confundirse. Pero los rumores empezaron a correr, y a los dieciséis estaba tocando en tantas bandas que tuve que dejar el colegio. Mi madre lloró una semana, nunca me lo perdonó. Al principio me iba a ver siempre, aunque seguía llorando, me llevaba el instrumento cuando lo olvidaba en casa, me acostaba cuando llegaba demasiado borracho después de un concierto. Al saxofón llegué de pura chiripa. Había dejado el clarinete en casa y un amigo me pasó un saxo alto. Tuve que aprender a tocarlo de pie en un pasillo, donde apenas cabía de lado, mientras terminaba la banda anterior. Es muy parecido a un clarinete, solo hay que hacer algunas transposiciones, pero tiene algo que enloquece. Yo me enamoré, aunque ahora me arrepiento. Ahora, cuando ya es tarde, porque yo un año después de aprender el saxo toqué el cielo. Me llamaron de La Porteña, el grupo de jazz tradicional más importante del país, y

probablemente el mejor de América Latina en esa época. Yo era su solista estrella. Esa es la última etapa de mi vida que recuerdo bien, hasta ahí se podría decir que era un tipo normal, demasiado flaco tal vez, un poco raro para algunas cosas, pero normal. ¿Raro en qué? Me gustaba dibujar manos, por ejemplo, no paraba de hablar de las vírgenes vestales, de las Furias y las Gorgonas, pero creo que eso lo puede hacer cualquiera. La fecha exacta en que las cosas empezaron a cambiar te la puedo decir sin problemas: el 12 de enero de 1962, a eso de las once de la noche.

Estábamos arriba del escenario. Faltaban tres compases para mi entrada cuando vi a un tipo sentado entre el público. Un hombre vestido con sombrero, fumando una pipa, luego de pie, luego sentado nuevamente en la mesa. Solo me miraba a mí, la banda no le interesaba, pero esto es lo raro: lo hacía sin levantar la vista. Que alguien pueda hacer eso ya es digno de atención. Como un ventrílocuo que proyecta la voz, aunque este lo hacía con los ojos. Entonces la mirada te llega, pero no sabes bien de dónde, y no puedes devolverla. Estás indefenso, dime si no es para cagarse de susto. Aunque yo a ese huevón lo conocía de alguna parte, tenía algo familiar. Parece que no fui el único que se dio cuenta, porque en ese minuto la banda entera empezó a desafinar. Mentira, no desafinaron: tambalearon, igual que si alguien hubiera sacudido el escenario, o lo hubiera disparado hacia el cielo, una situación bastante insoportable, ridícula además, porque nadie decía nada, seguíamos tocando de cabeza, cayendo por el aire, a punto de reventarnos contra el suelo. Cuando terminamos, nos acercamos a la barra fingiendo que no había pasado nada, muy machitos todos, como si no hubiéramos arriesgado la vida. Y ni un rastro del tipo con sombrero.

Luego vinieron las giras. Un viaje por el Amazonas hasta Iquitos, donde conocí a las mujeres más hermosas que he visto en mi vida, mujeres con miradas tan sinceras que te hacían temblar, y que a mí —que aún era virgen a los veinte años— me llenaban de terror. Un puerto muy extraño Iquitos, absolutamente diferente a lo que yo conocía. Almorzábamos en un restaurante que parecía sacado de una película gringa, con manteles rosados y paredes amarillas, impecable, aunque a pocos metros caminaban los vagabundos, y los cerdos se revolcaban en el barro. Las meseras vestían trajes de dos piezas, con un sombrerito amarillo en la cabeza, finas como agujas de coser. Se movían entre las mesas como si anduvieran en patines. Te repasaban el cuerpo entero con la mirada, yo me sentía parte del menú.

Durante una semana me senté en el mismo lugar para todas mis comidas. La última vez, al traerme la cuenta, la mesera preguntó qué iba a hacer esa noche. Le dije que tocábamos en el hotel, que formaba parte de un conjunto argentino. Ella sonrió y me dijo que no se refería a esa noche, sino a la noche verdadera, que no empieza con la puesta de sol, sino mucho después, a eso de las tres o cuatro de la mañana, cuando todos duermen salvo el cocodrilo y el jaguar. Pero el mejor viaje que hice con La Porteña fue el último, un viaje del que aún no he podido regresar.

El director de la banda era un viejo militante comunista y fue él quien nos consiguió una gira por Rusia. El avión en que viajábamos tuvo que hacer escala en Reikiavik en medio del Círculo Polar Ártico, y no pudo volver a despegar en dos semanas, por una tormenta que inundaba el espacio de blanco absoluto, sin sombras, sin matices. Nos hospedaron en un hotel de lujo. No podíamos salir en todo el día, afuera la temperatura bordeaba los cuarenta grados bajo cero. El lugar más extraño que vi en mi vida, donde el sol se esconde durante seis meses al año, y luego brilla sin parar durante la otra mitad. Ahí, en uno de esos días sin sol, conocí a la persona que me iba a cambiar la vida, o al menos la que me encaminaría hasta el punto en que me encuentro ahora, a esta cama de enfermo, a estos sueños diurnos que empiezan y acaban en el mismo lugar. El gigante del piano cubano, Dionisio Ramón Emilio Valdés Amaro, conocido en el mundo de la música simplemente como Bebo.

Estaba sentado frente al piano en el restaurante del hotel, y a pesar de sus dos metros de altura (y del hermoso bolero que tocaba), nadie le prestaba las más mínima atención. ¿Qué podía estar haciendo uno de los grandes pianistas de la historia de Cuba en mitad de la nada? No tenía sentido, y sin embargo ahí estaba, un negro gigantesco vestido de frac, con la mirada perdida, improvisando temas olvidados de Antonio María Romeu. El mismo Bebo que había tocado con Nat King Cole en la grabación de *El bodeguero*, que había dirigido el Tropicana durante su época de gloria, cuando Rita Montaner se subía al escenario a calentar a los gringos con su voz de terciopelo, una voz que se te hundía en el pecho y te agarraba los testículos. Porque Rita no solo cantaba, me contaría después Bebo, sino que era una pianista al estilo de Lecuona, además de bailadora y rumbera. Rita, que fue la primera que grabó *El manisero*, una mujer educada pero muy negra de barrio, le pidió a Bebo que fuera su arreglista cuando él tenía

apenas veinticuatro años. Así de grande había sido. Y para qué hablar de su tamaño físico. Incluso sentado empequeñecía al instrumento, como si fuera un piano para niños, una cosa que tenía que tocar con cuidado para no romperlo. Me contó que en Cuba le decían Caballón, y que antes de dedicarse a la música había boxeado como sparring. Le pagaban dos pesos cubanos por asalto. Era malo, me confesó, pero sabía aguantar un round tras otro hasta ganar suficiente para llevarle a su madre. Ella fue la que le compró su primer piano, gracias a un boleto de rifa, una antigüedad llena de termitas que un día se deshizo en medio de la sala. Cuando Bebo Valdés desapareció de Cuba, en abril de 1960, era uno de los mejores músicos de todo el continente, compañero de Cachao y Orestes López, de Bola de Nieve y Benny Moré. ¿Qué había sucedido? Lo que nos pasa a todos: se había enamorado. Mientras estaba de gira por Reikiavik con los Cuban All Stars, conoció a una acróbata de circo. El concierto de Bebo era dentro de un parque de diversiones, en la misma carpa del circo, y durante la prueba de sonido vio pasar a su futura mujer balanceándose arriba de un caballo. Él tenía cuarenta y cinco y ella solo dieciocho, pero Bebo dejó atrás a su banda, su país, su mujer cubana y a sus dos hijos, para desaparecer en el más profundo anonimato. No volvería a grabar un disco en treinta años, dedicado a tocar con conjuntos amateurs en bares suecos durante el verano, y en el hotel en la temporada de invierno.

La luz —me dijo durante nuestro primer encuentro— tiene que brillar en los ojos de los hombres. Aunque en esas latitudes no era posible; el sol era tan débil que había días en que lo podías mirar sin parpadear, como una segunda luna. Aunque eso a Bebo ya no le importaba. Uno solo ve tres tonos de gris, me dijo, los demás colores son una ilusión. Solo tres, uno más oscuro que el anterior. Desde ese momento en adelante, no me despegué de él hasta que se despejó la tormenta, dos semanas después, y partimos hacia París, ciudad que yo había resuelto convertir en mi hogar, siguiendo los consejos de Bebo.

Déjalo todo, me dijo la última vez que nos vimos; desaparece, y nunca te atrevas a mirar atrás. Le respondí que estaba dispuesto, pero que no veía ninguna razón para no mirar el pasado. Es una trampa, respondió; el pasado, al igual que el futuro, no existe: son materia oscura. No siempre había sido así, aclaró, hubo un tiempo en que ambos se podían tocar con las manos, como animales dormidos en un zoológico, animales peligrosos, separados

de los seres humanos por rejas, pero al alcance, a pocos metros de distancia. Ya no. Las cosas habían cambiado. Aquí se nota más que en cualquier lugar del mundo, me dijo, apuntando hacia las ventanas tapadas de nieve.

Lo primero que hice al llegar a París fue perderme. La gente le tiene mucho miedo a eso, pero no es tan malo. Cuando uno está perdido, todo lo demás está en su lugar, y es fácil de encontrar. No se necesita mucho para ser músico, incluso en Francia: una medida de fracaso y una medida de éxito, basta y sobra. El problema es que la gente no busca el fracaso, creen que es cosa de esperarlo, como si fuera una consecuencia del éxito. ¡Nada que ver! El fracaso es difícil, para fracasar hay que ser un mono porfiado. Miren, por ejemplo, a los griegos. Tremendos para las derrotas, excelentes para el fracaso, su historia es una sucesión de caídas, cada vez más abajo, cada vez más profundo. Y como si eso no fuera suficiente, inventaron la tragedia. Ahí la cagaron. Porque ya no basta con perder: tienes que matar a tu padre, encamarte con tus hermanas, con tu propia madre. Eso sí requiere huevos. Al lado de los griegos nosotros somos hormigas exitosas, ordenadas, muy bien organizadas, construyendo un nido de barro sobre nuestros logros, un triunfo encima del siguiente. Pero yo no, yo llegué a París buscando otra cosa.

Recuerdo mi canción favorita de esa época. Me la enseñó una mujer, más bien la tarareó, y la podría tocar aunque me cortaran las manos. Gabriela Strata Hamilton, la conocí cuando tocaba con la Pie de Poulles, siguiendo al Tour de France. Nos contrataron para eso, a mí y a cuatro músicos más. Ensayábamos todo el día y tocábamos toda la noche, siguiendo a los ciclistas del tour, ciudad por ciudad. Dormíamos apretados en una sola pieza, practicábamos ahí mismo, en pijama. Fueron los años más felices de mi vida. Aunque tal vez esté equivocado, porque uno recuerda las cosas como quiere. Tal vez estos sean los mejores años de mi vida, esta cama, esta pieza, este cerro en Valparaíso, esta ropa con hoyos. Aquí al menos no tengo hambre. Porque en París pasé días sin comer. Pero no por falta de dinero (aunque mucho no tenía), sino porque no tenía hambre, y cuando tenía hambre me faltaban ganas. Ganas de comer. Vivía en una *chambre de bonne*, un altílo en un enorme edificio de departamentos, en el que no cabía de pie. Casi todos los artistas latinos y africanos vivíamos así, encorvados, pero era una buena vida, y yo ahorraba casi todo mi sueldo para mandárselo a mi vieja. Un día me agarró la nostalgia de los tangos y le escribí a mi

hermana en Buenos Aires, para que me mandara un disco de la orquesta de Julio Lecaros, la primera en la que tocó Osvaldo Pugliese. Piazzolla y Troilo también. El disco me llegó con la noticia de que Pugliese estaba en la cárcel, por comunista. Fue un golpe, como si hubieran metido preso a un hermano. Me dio tanta pena que se lo regalé a la Gaby Hamilton, y a cambio ella me invitó a vivir a su casa, en las colinas de París, cerca de los gitanos de Django Reinhardt. Igual que en Argentina, al poco tiempo no me faltó trabajo, con la Gaby viajamos por toda Europa, incluso conocimos África, Costa de Marfil, Senegal. A veces se me acercaban francesitos después de los conciertos en el Hot Club, a pedirme autógrafos, o que les diera clases, para enseñarles a tocar como yo. ¿Qué les iba a enseñar, si ni yo sé cómo toco? Una vida linda en todo caso, conocí a Big Joe Turner, a Bill Coleman (que tocaba con la Ella) y a Kenny Clark, el pianista que reemplazó a Roach en el conjunto de Parker y Gillespie.

Apenas nos conocimos, la Gaby se quiso casar, pero en Francia no podíamos por ley, así que viajamos al peñón de Gibraltar, aprovechando que ella tenía pasaporte inglés. Fue ella la que empezó a grabar todo lo que yo tocaba, no solo mis conciertos, sino también los ensayos. Bastaba que me llevara el saxo a la boca para que sacara su grabadora portátil. Juntó cientos de casetes, eran tantos que no teníamos dónde guardarlos. Todavía tengo su grabadora en algún lugar de esta pieza. Al principio no entendí por qué lo hacía, pero después me di cuenta. Mucho después, cuando me quedé solo, sin instrumento, sin dinero siquiera para echarme un trago contra el frío, entendí. Es que la música se acaba. Al menos para mí, la música tuvo un principio y un fin. Ocurrió de un día para otro, sin señales previas, al menos ninguna que yo pudiera ver. Tal vez la Gaby ya se había dado cuenta, porque una noche volví a casa y ella ya no estaba. A la mañana desperté y la música se había acabado. Solo había tres tonos de gris, uno más oscuro que el anterior. Como no tenía opciones, me puse a caminar.

Se camina muy bien en París. No tan bien como en Buenos Aires, pero bien de todas maneras. Puedes caminar hasta que te salen ampollas, hasta que se rompen tus zapatos y la ciudad no se acaba nunca; al contrario, parece que mientras más la caminaras, más grande se hiciera, creciendo sin límites, como el Universo. Cuando topas con una pared, te das cuentas de que son curvas, y aunque no te gusta lo único que puedes hacer es dar vueltas. Traten de imaginarlo: una burbuja que se expande, haciéndose cada

vez más grande, más llena de espacio, en todas las direcciones a la vez. Así es caminar por París. Pero el problema allá no es el espacio, sino el clima: el frío del invierno, el calor del verano. Yo nunca tuve tolerancia a las temperaturas extremas, por algo me crié en Chile. Una vez caminé de Santiago a Valparaíso, aunque no estoy seguro dónde empezaba una ciudad y terminaba la otra, y tampoco me detuve cuando llegué al puerto, sino que seguí de largo. No es tan lejos como la gente cree. Las cosas nunca quedan tan lejos, lo que sucede es que perdemos la escala por la velocidad a la que nos movemos; los buses y los autos, los trenes y los aviones hacen que todo parezca más lejos. En cambio, si caminas, te das cuenta de lo cerca que están las cosas, apiladas unas encima de otras, y que todo ocurre al mismo tiempo. Por supuesto, nos enseñan lo contrario. Nos enseñan que A lleva a B y luego a C, pero es una mentira absurda, la verdad es ABC. Es cosa de revisar la propia biografía: ¿cuándo te desenamoraste de tu mujer, cuándo perdiste la cabeza, cuándo tocaste fondo? No, las cosas suceden todas de golpe, como en las películas, como en una obra de teatro. De eso estaba hablando Bebo. El problema es que me tomó años entenderlo, y solo ahora, que dicen que estoy loco, entiendo.

No crean que sirve de mucho. Más bien no sirve de nada. Ver la realidad es igualito a estar loco, pero un poco más sutil. No es como si de pronto apagarán todas las luces; más bien se parece a que te cambiarán la mano derecha por la izquierda, durante la noche, sin que te dieras cuenta. Te levantas y hay algo diferente, algo raro está ocurriendo, pero no sabes bien qué es. Y nadie te cree. Uno hace el intento, trata de explicarlo: la locura, les dices, es una jauría de perros que te sigue ladrando; es un camino que serpentea por el corazón de un bosque. Volverse loco, insistes, es como regresar de un viaje y encontrar la casa vacía, la despensa saqueada y las camas deshechas, pero sin saber jamás quién durmió en tu cama, quién comió tu comida. Yo no me quejo, desde que regresé a Chile no me he dedicado a otra cosa salvo mirar a mi alrededor y ver las cosas como son. Era lindo al principio, cuando mi madre todavía estaba viva, cuando las ventanas de esta pieza no estaban tapiadas y yo podía ver los cerros, el amanecer, la puesta de sol y la gente que camina por la calle. Era lindo sacar la cabeza y dejar pasar el tiempo sin moverme un centímetro, lo más quieto posible, aprendiendo la rutina de mis vecinos. Al final ese fue el problema: ellos también podían verme a mí.

Así que cerramos las ventanas, cerramos las ventanas y las puertas y tiramos lejos la llave. Debe de haber sido el año 80, o el 82, seguro que fue al comienzo de esa época negra, para mí, para el país, me atrevería a decir que para el mundo entero. Todo se venía abajo, todo se sacudía y se removía, como si un gigante se quisiera sacudir a Chile de la espalda. Después, cuando vino el terremoto grande el 85, yo fui el único que no se sorprendió. Lo venía sintiendo en los pies desde que aterricé en el aeropuerto: nada estaba quieto, igual que cuando bajas a tierra firme después de una temporada en el mar. Las cosas se siguen moviendo, y la sensación es terrible, estás a punto de vomitar. Cuando empezó a temblar ni siquiera me inmuté; al contrario, sentí un alivio enorme después de tanta espera. La cama bailaba en el piso, los vasos caían al suelo, la madera chirriaba peor que uñas contra una pizarra, y yo no podía dejar de reírme. Cómo no, si llevaba años anunciándolo. Después del temblor se acabaron mis mareos, me volví a coordinar con el tiempo del país, con su movimiento de tortuga. Hay una cosa muy chilena en avanzar hacia atrás, con la cabeza gacha, mirándote los zapatos. Aunque después del terremoto era más entretenido mirar las grietas que quedaron por todas partes, en las calles de los cerros, en las grandes avenidas, en las caras de los chilenos. El único problema es que ahora estoy atrapado en el país. Porque, ¿qué pasaría si un día me pongo a temblar, si me vuelven los mareos y estoy en Kenia, en Copenhague o en Reikiavik junto a Bebo? ¿Qué pasaría si de pronto me pongo a temblar y no tengo cómo avisarle a nadie lo que se viene? Es un riesgo que no puedo correr, desertar así de mis compatriotas. Tan carajo no soy. Además, está Valparaíso. No existe ninguna ciudad con un nombre tan lindo. Basta decirlo en voz alta y uno se da cuenta. Aunque algunos se quejan de que ya no es lo que era, que se modernizó, que perdió el alma, a mí no me importa mientras no le cambien el nombre. Mientras no toquen eso los edificios se pueden venir abajo, pueden cerrar el puerto, quemar las estatuas, corretear a las putas y clausurar los bares, y yo no perdería un minuto de sueño.

A propósito de Valparaíso, la semana pasada me vino a ver un cabro. Es la única visita que he tenido en lo que va del año. Un periodista bajito, con cara conocida. Simpático, bueno para hacer preguntas, pero triste, como si se le hubiera perdido algo. ¿Viste la gente que tiene esa cara? Andan como por las esquinas, y cuando te miran no te miran a ti, sino que tratan de ver

detrás tuyo, o adentro tuyo, no sé si me explico. Lo primero que hizo fue preguntar si me acordaba de él. Le dije que no, que lo sentía, pero que últimamente se me olvidaban un montón de cosas. Cosas de todos los días, detalles sin ninguna importancia. Quería saber sobre mi vida. Le dije que vida, propiamente tal, no me quedaba mucha. Lo que sí tenía eran recuerdos, una masa de recuerdos. Se acercó a la cama y me dijo que yo era un genio, que era el mejor jazzista que había dado Chile. Le respondí que eso era imposible, que se olvidaba del Bicho Vicencio, de Gastón Enríquez, de un montón de tipos con que yo había tocado sin que nos pagaran un peso, por el puro gusto y las copas de vino. Me preguntó por mi madre, por mis hermanas, por mis viejos compañeros de banda. Sacó un vino y lo tomamos directo de la botella. Después hablamos de libros, que es lo único que hay en mi pieza aparte de la cama y el polvo. Teníamos gustos parecidos, y me confesó que quería ser escritor, que estaba a punto de partir de viaje en uno de los cargueros del puerto, y que antes había querido venir a verme. Luego quiso hablar de los griegos; tenía una teoría interesante, algo que no se sostenía en nada, pero que defendía a brazo partido. Los griegos, decía, no habían existido nunca, eran un sueño colectivo de los romanos. Ellos se habían encargado de construir las ruinas, de hacer estatuas a las que luego les cortaban los brazos y las piernas, todo parte de un proceso para inventar un pasado a la altura de sus aspiraciones. ¿Y qué pasaba con Alejandro Magno, le pregunté, con *La Odisea*, con *La Ilíada*, con Aquiles y Homero? Romanos, romanos todos. ¿Y Aristóteles, Diógenes, Dionisio? Todos romanos, respondió, romanos y maricones. El único que según él no era romano era Heráclito, porque Heráclito era un extraterrestre. Lo que no quiere decir que fuera un marciano, sino que no era de esta tierra. Me reí a carcajadas, él también rió y brindamos con lo que quedaba del vino, pero al minuto siguiente se puso serio. Parecía que fuera a llorar. Se puso de pie frente a la cama y me contó una historia incomprensible: habló de un niño deforme, de un compañero de trabajo; me habló de una montaña en la mitad de un mar de hielo; una roca que en realidad era un dedo de Dios, azotada por la nieve y el viento; una espada de piedra que esperaba el regreso de su dueño. Cuando terminó su historia me tendió su mano y vi que le faltaban dos dedos. Le dije que me gustaría volver a verlo, a pesar de que sabía que avanzábamos en direcciones opuestas, y que este iba a ser el único encuentro posible. Antes de llegar a la

puerta se sacó la mochila que le colgaba de la espalda. La abrió y yo comprendí todo, como cuando conocí a Bebo en el Círculo Polar: estaba llena de mis casetes, tan llena que parecía a punto de explotar. Salí de la cama de un salto y me puse como loco a buscar la grabadora de la Gaby, que no he perdido en todos estos años. Revolví la pieza completa, hasta que la encontré en el fondo del clóset, debajo de una pila de basura, como si la hubieran escondido a propósito. Cuando me di vuelta, ya se había ido.

Tengo que admitir que desde entonces las cosas no han andado bien. No le echo la culpa, estoy agradecido por su visita y no hago más que escuchar mi música durante horas.

El problema es que volvieron los mareos; me tiembla el cuerpo completo. A mí no me vengan con cuentos, yo he aprendido a leer las señales. Lo puedo sentir hasta en los dientes. Si no me creen hagan la prueba. Cierren los ojos. Escuchen. Algo viene hacia nosotros.

Después no digan que no les avisé.